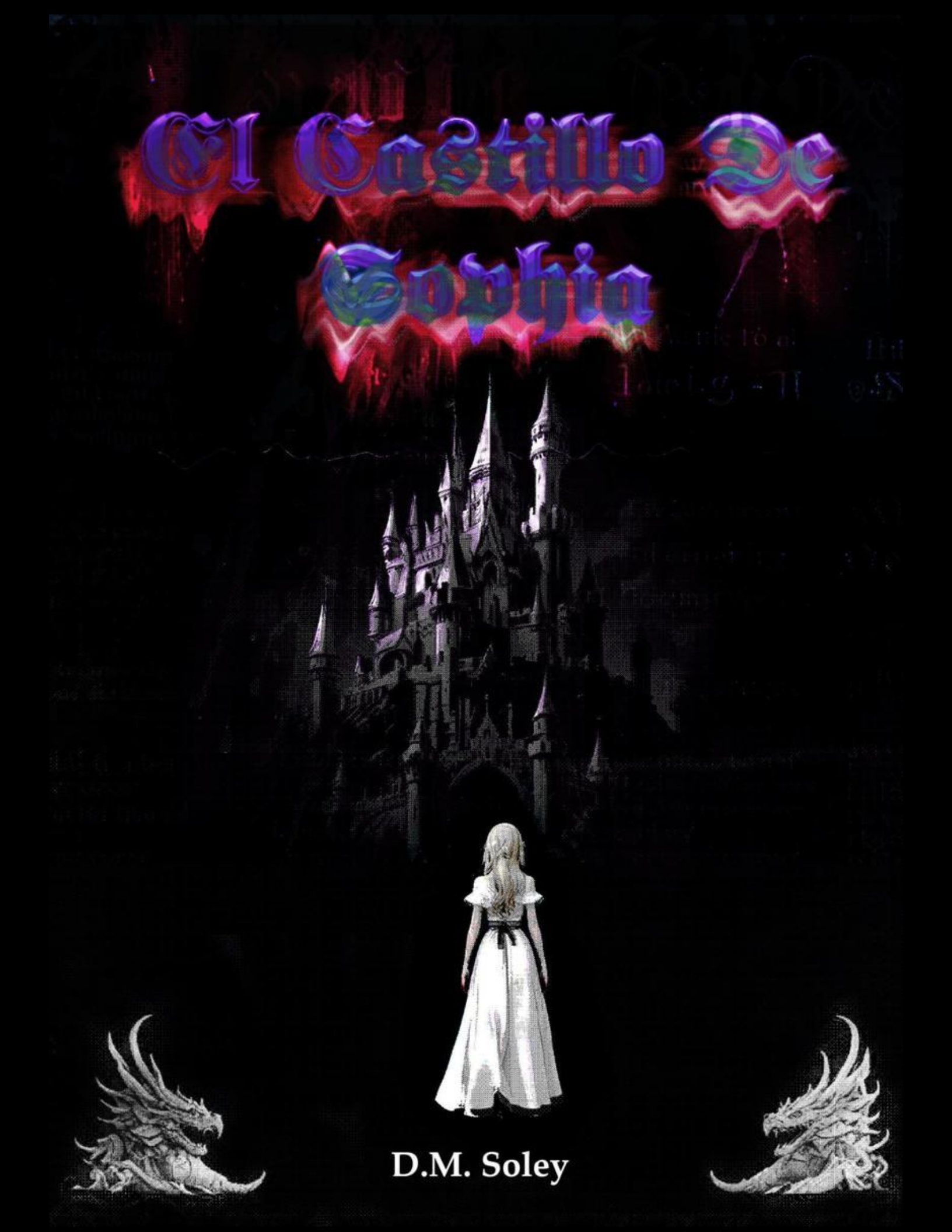
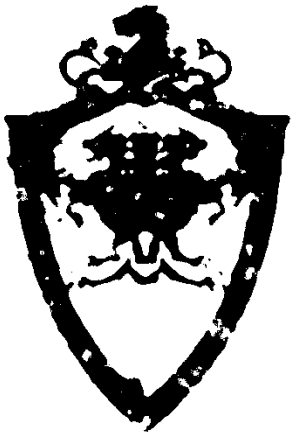
El Castillo De Sophia



D.M. Soley

Este libro pertenece
a la biblioteca
de la nueva orden
del depravado y
gran academia
de las artes oscuras



Indice

Prólogo 1

CAPÍTULO 1: LA PROFECÍA 2

El primordial 2
El infierno 5
La devastación 7
El rostro de metal 9
La persecución 11
La gran serpiente 13
La comunión 14
La boda 16

CAPÍTULO 2: LA ACADEMIA 22

La contención 22
La crueldad 24
El llamado 26
Las 6 pesadillas de Sasha 28
Manía nocturna 32
Pasión y vesania 34
Espíritu incendiario 36
El pueblo pesquero 38
Escuadrón de asalto - Fuego 40
Escuadrón de asalto - Hielo 43
Apoteosis 48
Solsticio de verano 50
La forma de la comedia 54
Mi amor inmortal 56
La doncella de sangre 58
Alabado sea el sol 61
La calamidad 63

CAPÍTULO 3: EL DRAGÓN 67
Las 100.000 miradas 68
¿Adónde fue el dragón? 70
Solsticio de invierno 73
Los hijos de la luna 75
La fundamentalista 77
La marcha de los draconianos de fuego 78
La mesa redonda 80
CAPÍTULO 4: EL CASTILLO 82
La canción del castillo en el cielo 82
Mi corazón roto 84
El cuerpo del horror 86
Una carta de disculpas 87
El gran conjuro 93
Luz y fuerza 101

Corregido por Evelyn Wolhein, Monie, Valentina Saucedo.
Maquetado por Miguel A. Caballero – Thoth Libros

Prólogo

Y cuando el primer Dios nació, su orgullo se elevó como una montaña, y una gran sombra se proyectó desde sus pies...

Esta figura tomó dos formas, las cuales se escondieron entre engaños y artificios, enredando los hilos del destino...

Todo se corrompió después de esto:

Los ángeles se rebelaron, y los jueces del demiurgo, despojados de la confianza en su creador, confabularon en su contra...

¡Sobre el escenario se presentan nuestros actores
¡Divinidades y mortales!
¡Participando de una sátira cósmica que los envuelve a todos!

Y cuando la primera madre contempló esta pieza, sus lágrimas brotaron en un llanto inconsolable...

Una melancólica canción, que se transformaría en una insidiosa enfermedad...

Capítulo 1: La Profecía

El primordial

MEMORIAS DEL ENGENDRO

Hace muchas centurias, un palacio se erigió en medio de una tierra desconocida, oculto entre árboles y montañas, escapando de la mirada de los mortales. Muchos aventureros habían visitado esa morada del pecado, ansiosos por presenciar la leyenda, y todos salían malditos por culpa de la curiosidad, con los cuerpos y las mentes en descomposición.

Desperté de mi sueño al otro lado de grandes piedras, desnudo, entre lápidas, y me moví tambaleante en busca de la fortaleza, como un animal recién nacido, entre penitentes, escuchando cómo lamentaban en un lenguaje extraño su encuentro con lo prohibido. Aun así, algunos pedían más y más, embriagados por lo que habían sentido al estar frente a él.

Poco a poco, recuperé la memoria y entre visiones, pude ver a aquel que me había convocado, con la piel repulsiva, de color gris, y unos cuernos grotescos. Él me observaba. Mi cuerpo estaba sucio, escuálido; mis pies lacerados, pero no sentía hambre ni dolor. ¿Dónde me encontraba? Voces en mi cabeza me susurraban, me dijeron que me hallaba en una noche eterna. Miré a mi alrededor y unos enormes pilares blancos llamaron mi atención e intuí que podrían indicarme el camino, así que los seguí.

Caminé unos pocos kilómetros hasta que me encontré, al fin, más cerca. El camino se volvió más ameno y pude ver el pasto crecer bajo mis pies, dándome la bienvenida. Y como si fuese una ilusión, a pocos metros estaba mi destino: el castillo. Sus altos muros y largas puntas me invitaban a descubrir los secretos en su interior.

Me acerqué a un pozo que se encontraba fuera de la primera muralla y me vi en el agua: dos ojos rojos, piel verde y dos protuberancias en mi cabeza. Mientras me distraía con mi aberrante forma física, mi reflejo se empezó a mover y pude contemplar su figura por primera vez. Era color sangre, con tentáculos que salían de sus genitales; una diosa erótica.

El cielo se tornó de color violeta y las nubes se volvieron negras, anticipando una tormenta, así que decidí entrar a la fortaleza. Lo primero que vi al pasar la primera

muralla fue un hermoso jardín de flores pálidas, con un laberinto en el medio, rodeado de faroles que iluminaban todo con una suave luz blanca. El aire estaba impregnado de un intenso aroma a jazmín. Mientras caminaba escuché voces demoníacas, algunas graves y otras agudas, cantando varias melodías, todas diferentes y con una sofocante intensidad.

En medio de los arbustos había otro pozo. Me acerqué, miré dentro y sucedió de nuevo: volví a alucinar con el súcubo. Esta vez, sus pupilas penetraron directamente en las mías. Ella rió y se fue. Por alguna razón, mi corazón palpitó con lujuria al vislumbrar su horripilante silueta; tuve el impulso de sostener su podrida cintura con mis sucias uñas.

Seguí mi camino hasta chocar con una pared opaca, hecha de piedra, al final del jardín, con tres grandes puertas de madera. Ingresé por la del centro y al pasar vi un salón enorme y liminal. Las alfombras eran de color carmesí, las paredes estaban tapadas por altas estanterías de libros y en el medio había un trono de metal gris.

Cuando me acerqué a él, sentí una enorme presencia observándome desde arriba y en mis retinas se imprimieron unos símbolos mágicos: un pentagrama con trece sigilos rodeándolo. Me alejé lentamente y me encontré frente a dos escaleras que iban hacia abajo.

Bajé por la de la izquierda. Me llevó a un húmedo calabozo, con las paredes hechas de ladrillo negro. En medio de el vi una enorme piedra con un símbolo que parecía una mezcla entre una hoz y una cruz, rodeada de antorchas recién encendidas.

Un hormigueo recorrió todo mi cuerpo, ahí vi la verdad, todo lo que ocurrió en esos dominios: pude ver las orgías de sangre y cómo dos astros se manifestaban en la ciudadela para conspirar contra su propio creador. Lejos de asustarme, contemplar toda esa grandeza me conmovió. La gracia del mal era más grande que el terror. De todas formas, en mi mente había una extraña familiaridad con esta visión, así que mi fascinación se convirtió en indiferencia muy rápido y decidí volver para tomar la escalera derecha.

Al bajar, me encontré con una capilla. Mis pisadas sonaban asquerosas, ensuciaban la madera sobre la que caminaba y retumbaban en la silenciosa sala. Ahí había más estanterías de libros y en el medio se erguía otra enorme piedra. Frente a esta, en el piso, estaba dibujada con sal una estrella de seis puntas.

El aura del lugar era fúnebre. La luz de las velas era tan tenue que, al acercarme al altar, algunas se apagaron. Cuando todo quedó a oscuras un resplandor violeta

comenzó a brillar en el centro de la estrella de sal, emergiendo desde las grietas del suelo. Entre destellos de luz que recorrieron toda la sala, se hizo presente el adversario: la deidad a la que los muertos vivientes llamaban Saturno. Lo observé con curiosidad y sentí, en mi pecho, el poder que ejercía sobre él. Nuestras miradas se encontraron, pero él apartó la vista, y entonces comprendí que aquel ser era mi servidor.

Cerré los ojos y cuando los abrí ya no me encontraba ni en aquella iglesia ni tampoco en la esfera nocturna, estaba en una habitación hecha de rejas y chapas oxidadas, las paredes eran de un metal oscuro del que se escurría un líquido de color negro y había antorchas con cadenas y cráneos colgando de ellas. Frente a mí seguía el diablo. Me acerqué y recitó un poema con una voz profunda y gutural. Me dijo que esta poesía fue escrita para mí:

"Ehye el' yar Uh'eog ah' uhall vulg mag,
Enge eh' mgepmeg er'luh...
Nilgeh'ri ehna eh' mgepaeh'nga,
C' gnaiih ph'nglui,
Bthnkor ah nog..."

El infierno

Después de escuchar sus palabras, me desmayé. Cuando volví en mí, estaba en una habitación de acero aún más pequeña. Allí se presentó el súcubo y un sonido áspero, como el siseo de una serpiente, salió de su boca. Lo primero que dijo fue que su nombre era Babalón. Señaló que yo sería recordado como El Engendro. Procedió a explicarme que las Fuerzas del Mal me habían elegido, que mi cuerpo era el de un ***''Primordial''***, un ser descendiente del arquitecto del mundo material, y que era necesario que lo habitara para poder entrar al reino de los mortales.

Cuando sus palabras cesaron, se dirigió hacia una tosca puerta que se encontraba detrás de ella, me miró fijamente y la abrió, como si quisiera que la atravesara. Al hacerlo, ante mí se extendió una enorme ciudad. No había nada vivo en aquella metrópolis, solo torres gigantescas de metal negro, con llamas brotando de sus aberturas.

El firmamento estaba cubierto por una capa densa de nubes oscuras, que se arremolinaban con tonos de gris plomo y azul eléctrico, como si estuviesen en constante ebullición. La urbe parecía una inmensa pila de hierro, una colmena de estructuras industriales que se alzaban como monolitos hacia un cielo extraño. Me daban la bienvenida al infierno.

Continué caminando por el inframundo y me encontré con más muertos vivientes, fanáticos como los que me crucé al despertar, pero estos tenían las pieles necrosadas y vomitaban mientras caminaban. Parecía que estaban cumpliendo con un castigo. Me acerqué y uno de ellos me confirmó que estaban pagando por su amor a aquellos planetas a los que adoraban con fervor. Me dieron asco, los miré con desidia y seguí mi paso hasta llegar a un portón muy alto.

Lo crucé y ante mí se erigió lo que parecía una catedral gigante. Me adentré y otra vez estaba presente el súcubo. Ella flotó por el aire como un espectro, se acercó a mi oído y susurró, sus palabras apuntaron hacia mi final. Estaba a punto de encontrarme con mi progenitor para recibir una profecía.

Babalón parecía más joven. Su piel se había vuelto blanca y su cabello conservó el color negro. Tenía dos alas muy grandes y llevaba puesto un vestido rojo, del cual se escurría un líquido purulento. A pesar de ser hermosa realmente no era un

ser físico, sino la encarnación de algo más retorcido, la personificación de obscenidades fuera de mi entendimiento. En sus brillantes ojos escarlata no existía humanidad.

Se movió a un costado, dejando ver un umbral y, cuando lo atravesé, me encontré con un cubo negro. Estaba flotando sobre un pedazo de metal, con dos antorchas azules a sus costados.

Mi viaje llegaba a su fin. Me acerqué a él y me habló. Aquella forma geométrica era Saturno. Esta vez su voz no era asquerosa, sino espléndida, y al hablar retumbó por kilómetros.

Primero me dijo que su segundo nombre era Saklas, que era un Arconte, creado por el artífice de todo lo que se puede tocar para ser su juez, para regir el destino, y que luego de aceptar la discordia en su corazón, conspiró contra él junto a su hermana Babalón.

Luego me reveló que yo era el fruto de su semilla y recitó una profecía con la cual pude ver mi lejano futuro: como hombre y como arma. Desde abajo y detrás de él escuché gruñidos y gritos, cientos de ellos, como si bestias horribles estuvieran siendo engendradas, y el volumen aumentaba poco a poco. De un momento a otro, todo se volvió negro. Mi designio reverberó a través del espacio y mi existencia se difuminó.

Yo era el Primero y dos Empíreos vendrán después de mí. Conmigo se hace real la Gran Conspiración, con mi cuerpo hacía camino para la Bestia. He aquí mi testamento, escrito con la sangre de Babalón, a ser entregado a mi próximo recipiente.

La devastación

Las almas de los inocentes sufrirán por la ambición de El Depravado, mientras que los culpables se regocijarán con su retorno al plano terrenal. Sexo, muerte, sangre, pecado, blasfemia, todo en nombre del emperador del nuevo mundo. Todas las familias se romperán, todos los ojos mirarán hacia él, ya sea llorando o llenándose de regocijo. Los comunes clamarán auxilio, mientras los marginados reirán al son de las campanas de su iglesia.

Una nueva era se alzará con las trompetas de los asesinos de ángeles. Todos los infantes nacerán con el estigma en la sien, anhelando la leche de mis pechos, sedientos de mi horripilante milagro. Todas las lenguas se congregarán frente a estas obscenidades, cubiertas de odio y desprecio hacia los antiguos pilares del orden, y se frotarán entre ellas sin pudor alguno, compartiendo su nueva e impura saliva. No habrá luz que pueda escapar de la insoportable oscuridad, ni sano que pueda huir de la locura que conlleva su bienvenida.

Sexo, muerte, sangre, pecado, blasfemia, todo en nombre del rey del nuevo mundo. Los jueces nos alzaremos en medio de todos los tumultos, solo quedará sucumbir ante nuestras voluntades.

Esta será la danza de los hematófagos, la noche de la devastación.

Desfilarán con sus hachas los reptiles, vestidos con cuero, dirigidos por la destrucción y la espada ámbar.

¡Disfrutá de la noche y tomá sangre, soldado!
¡Tenés que maldecir el día!

Disfrutarás de tu festín, este será tu momento. Tú hambre será saciada, hijo mío, y al final de la fiesta podremos reencontrarnos…

Bailarás, mi tesoro, con el furor que sólo un cazador de las sombras conocerá, y cumplirás tu promesa de perversión…

IA! IA!

Hombres y mujeres deben postrarse ante tí, representante del mal...

Consumiremos en tu honor; fluidos se derramarán con lujuria, pensando en tí, señor de todo lo depravado...

¡Puaj!

¡Y Ephglui Ah'nglew'nafh Ymag' Yah

Er'luhor Ot Egn'eth'betelhnk!

¡Ymag' Yaah Uaaah Ya Cloi-gehye! blegh!

Esta es nuestra inexorable fé hacia vos, entregamos nuestra carne a tu disposición, abusa y maltrata nuestras envolturas mortales y llénalas con tu vital líquido...

Tus hijos te aguardan, tus hijos te añoran...

Dormiremos y viviremos en la miseria por vos...

El rostro de metal

MEMORIAS DEL CABALLERO GUILLERMO V, HIJO DEL SOL

La encontré en un santuario perdido. Estábamos en una misión cuyo objetivo era conquistar tierras del este. Mis camaradas habían avistado unas mezquitas en el medio del desierto, por lo que decidimos explorar. Nos adentramos más hasta chocar con una enorme puerta de roca que tenía grabados unos símbolos extraños que parecían hablar un idioma arcaico.

La abrimos y dentro nos topamos con lo que podría llamarse un complejo de piezas de metal, no sabría describirlo de otra forma, era muy confuso, muchas chocaban entre ellas como si hubiesen sido forjadas dentro del templo, pero eso era imposible.

¿Qué clase de magia oscura era esta? Mi fe condenaba el impulso de indagar, pero… había algo dentro de mí que me empujaba a pecar. Nadie se iba a enterar, estaba al otro extremo de la guerra, no había forma de que la Primera Orden se enterase o ¡¿acaso los ángeles me observaban?!

En el medio del cuarto un cofre cerrado llamó a mi curiosidad, intenté abrirlo, pero estaba sellado. Lo golpeamos con nuestras espadas hasta el hartazgo, pero todo fue inútil. Me percaté de unas ranuras en el piso, parecidas a grietas creadas por el óxido, y una idea brilló en mi cabeza; me sentí poseído por algún tipo de fuerza, me desmayé y sentí como si un momento se hubiese borrado de mi mente.

Cuando entré en razón todos mis acompañantes estaban muertos, degollados, y sangre se derramaba desde el filo de mi espada. El líquido carmesí corrió por las hendiduras del piso y como un acto de ilusión fue drenado al baúl.

Este se movió violentamente, como si algo quisiese salir de allí y cuando paró se abrió. Me acerqué y dentro había un antifaz color negro como la noche, hecho de un acero parecido al que cubría las paredes del calabozo.

Me lo puse y escuché gritos de aves que parecían formar una frase que se repetía una y otra vez:

"Ce' Le' Bug Na'ghftyar"

Así, con la máscara puesta, comandé los cadáveres de mis aliados, y luego los de mis adversarios, y destruyeron a todos mis enemigos, protegiéndome en el camino de vuelta a casa.

La persecución

MEMORIAS DEL CABALLERO JOAQUIN IV, HIJO DEL SOL

Luché día y noche por mi iglesia, comandado por el papa y los ángeles. Luché por mi fe, por llevar la palabra del señor a los habitantes de las tierras que todavía no estaban bañadas en su luz. Mi misión era conquistar las almas de los hombres a punta de espada.

Así borramos civilizaciones enteras en nuestras campañas de conversión, visitamos comunidades escondidas entre las arenas del desierto y llevamos a ellas la paz del arquitecto, sentando en estas zonas campamentos en donde vivirán nuestras familias.

En estos viajes muchos de nosotros visitamos sus templos invitados por la curiosidad. Allí encontramos desafíos a nuestras creencias, reliquias ancestrales. Llevamos estos objetos, escondidos entre los demás tesoros, hasta el final de la guerra.

Al volver a nuestros hogares notamos que las cosas habían cambiado, los obispos nos miraban con asco y preocupación. Al parecer la iglesia se había enterado de nuestros descubrimientos y temíamos por nuestras vidas, porque nuestra iglesia era severa. Con puño de hierro nos persiguieron, nos torturaron, nos traicionaron.

Yo escapé y me despojé de todo lo que podía relacionarme con la orden: abandoné a mi familia y concurrí a los peores bares del submundo, lugares dónde se escondían también otros criminales de guerra. Mataron a casi todos mis compañeros y terminaron el genocidio asesinando a nuestro líder, al gran maestro.

Él era un hombre que había dado la vida a la Primera Orden, un hombre santo y justo, que había dedicado su existencia entera a la iglesia. Fue humillado públicamente y luego quemado en la hoguera. Se dice que antes de morir sus gritos de agonía se volvieron guturales, disonantes, alienígenas, y dijo:

"¡YMAG ER'LUHOR OT EHTEEOG!"

En total fuimos trece los que sobrevivimos al genocidio. En la última noche de la persecución, conciliar el sueño fue bastante difícil. Cuando lo hice tuve la aparición de una mujer vestida de rojo, con ojos color carmesí. En este sueño, la mujer me

sedujo y copuló conmigo. El placer que sentí fue inhumano, con su sexo esa dama sedujo mi corazón y se robó mi voluntad.

Al despertar, sentí paz. Después de tanta paranoia, sentí una luz sobre mi cabeza, como una aureola, como si hubiese sido tocado por algo más allá del arquitecto, algo que podía darle sentido a mi vida otra vez. Sentí la necesidad de servir, de conocer la verdad.

Y con los demás herejes decidimos reunirnos, solo para enterarnos de que todos nosotros habíamos sido llamados y que todos teníamos reliquias robadas en nuestras travesías. Al juntar nuestros tesoros, demonios y jueces se hicieron presentes y con ellos encontramos valioso conocimiento, volviéndose el centro de nuestra fe renovada.

Nuestros ojos estaban abriéndose. Se nos prometió la victoria, pero a cambio debíamos construir un castillo más allá del horizonte.

Caminamos durante semanas hacia el sur, reclutando hombres jóvenes y adultos, en cuyos corazones sembramos la semilla de la discordia. Al llegar una guerrera de cabello naranja como el fuego nos recibió y, con una embriagadora voz, nos dirigió en el levantamiento de nuestro monumento al mal: un blasfemo canto de piedra hacia los cielos.

La gran serpiente

En estos escritos se revelan los secretos de los vampiros,
las maldiciones que pesan sobre los no muertos
y los conjuros de los Dioses prohibidos.

Tu destino, engendro del infierno, es
tan intrincado como un laberinto,
serás un mago y una espada.

Mis labios se fundirán con los tuyos,
seré tu reina y tu sirvienta, amor mío,
cuando nos veamos, el dolor y el amor serán
inevitables.

La comunión

MEMORIAS DE AYDA, LA ANCIANA

Hace unas cuantas noches, unos extraños hombres comenzaron a migrar a nuestro bosque. Se desplazaban con el sigilo de las sombras, envueltos en capas negras que absorbían la tenue luz de la luna. No eran viajeros comunes, y su presencia parecía haber interrumpido la tranquilidad de la naturaleza a nuestro alrededor.

Al principio, la gente del pueblo no les dio importancia, pero a mis setenta y tres años podía reconocer el mal con solo mirarlo, y sabía que aquellos hombres no eran simples peregrinos. Eran templarios, sí, pero ya no practicaban la fe por la que alguna vez habían peleado en tierras santas. En sus ropas se vislumbraban símbolos que susurraban herejía, pactos hechos con sangre bajo lunas negras y secretos que los mortales no deberían conocer.

Mi nieto, Caín, era un muchacho inquieto, lleno de curiosidad, una curiosidad que a menudo lo llevaba a lugares prohibidos. Desde la llegada de esos hombres, noté en él una fascinación peligrosa, una llama que se encendía en sus ojos cada vez que escuchaba a alguien hablar de ellos. A pesar de mis advertencias y de los cuentos que le relaté, no pude contener su espíritu aventurero.

Una noche, cuando la luna estaba en su punto más alto y su luz bañaba la villa, escuché ruidos viniendo de la parte trasera de nuestra casa, al lado del cuarto de Caín. Primero fue solo un golpe en su ventana. Fui a mirar y él seguía durmiendo, pero, de un momento a otro, un zumbido me aturdió.

Era potente, como el de una avispa monstruosa dentro de mi cráneo. Me tapé los oídos, caminando torpemente hasta el comedor por culpa de la confusión, pero el sonido seguía retumbando en mi cabeza. A este le siguió un estruendo, era vidrio rompiéndose: Caín. Fui como pude hasta su cuarto y solo encontré el viento haciendo volar sus cortinas. Mi tesoro había sido secuestrado por las sombras.

Los rumores en el pueblo crecieron rápidamente, pero nadie se dignó a ayudarme a buscarlo, a pesar de mis súplicas. Solo me contaban lo que sabían o habían escuchado. Algunos afirmaban haberlo visto caminando entre otros blasfemos, con la mirada perdida y la boca murmurando palabras extrañas. Otros decían que el bosque había cambiado desde la llegada de los forasteros, que las sombras se veían más largas y que el aire se sentía más pesado. Necesitaba encontrar a mi nieto, así que me adentré en el bosque.

Los árboles que antes me acogían a mí y a mi hogar ahora se erguían amenazantes, formando con sus ramas arcos oscuros sobre mi cabeza. Caminé entre susurros que parecían brotar del suelo mismo hasta que llegué a un claro. Ahí vi a muchos hombres adultos moviendo troncos de madera y piedras de las canteras. Estaban construyendo los cimientos de algún tipo de fuerte.

Esas piedras emanaban maldición; era como si la tierra misma se resistiera a ser moldeada para convertirse en su dominio. Y allí, entre los obreros, reconocí a Caín. Mi nieto, ahora perdido entre los que adoraban a esas deidades extrañas. Trabajaba balbuceando, como hipnotizado, erigiendo la fortaleza. Mi corazón se rompió en ese instante. Mi bebé ya no me pertenecía, había renunciado a su humanidad.

Encima de una de las torres a medio construir, vi a una mujer de ojos color ámbar, acompañada por dos caballeros muy altos. Se paró frente a todos los trabajadores y lanzó un grito en un extraño idioma. Sentí un escalofrío recorriéndome la espalda y huí.

La noche comenzó a volverse más larga. Todos los que vivíamos en el pueblo abandonamos la zona cuando gritos y gemidos comenzaron a escucharse desde lo profundo del bosque. Temíamos convertirnos también en esclavos de la oscuridad.

La boda

MEMORIAS DE SELENA, CONSORTE DE SATURNO

Una noche de lluvia, mientras dormía, una de las novicias de la casa se acercó a mi dormitorio y me despertó. Esa noche, el consejo de los trece convocó una audiencia en la Casa de las Lágrimas, debían elegir una discípula para el próximo festival. Nos habían informado que habría un invitado muy especial, por lo que, a diferencia de los rituales anteriores basados en impulsos, este se había preparado con minuciosidad durante años.

No entendía por qué me habían elegido. ¿Podría ser porque era joven? ¿Porque comprendía bastante bien el arte del llanto? ¿O tal vez por simple capricho divino? Lo cierto es que iba a ser una de las tres esposas.

En cuanto a mí, llegué a esta iglesia con mis padres, que huían de los templarios, quienes habían invadido nuestro viejo pueblo en el este para perseguir a quienes no creían en la palabra de la Primera Orden.

Cuando llegamos no encontraron maldad en mi corazón ni en el de mi madre, por lo que me trajeron a esta casa. Mi padre, en cambio, fue llevado a otra torre del bastión, a la Casa de la Sangre, y nunca volví a saber de él. Lo único que me quedó fue un amuleto hecho de cuero y mimbre que me había regalado antes de desaparecer.

Las sacerdotisas nos llevaron a la capilla para vestirnos de blanco. Se encargaron de maquillarnos delicadamente, de alisarnos el pelo con peines plateados mientras nosotras comíamos manzanas frescas que nos habían dado. También nos apaciguaron con cariño y ternura, con el amor característico de las maestras de la tristeza.

Lloraron por nosotras, pues sabían que los ritos eran intensos, dolorosos, y que no todos los participantes salían de estos con vida. Pero yo no tenía miedo, de hecho, tuve un presentimiento; algo me decía que esta vez sería diferente.

Luego de la preparación nos juntamos con mis hermanas, Natalia y Julieta, y sentimos emoción, pues nos sentíamos preciosas. Me miré al espejo y me vi como un ángel. Me cubrí con el velo y caminé por un pasillo que daba a la sala donde se realizaría la ceremonia.

Llamó mi atención que, a diferencia de las veces que había observado este lugar a través del cerrojo de la puerta, la habitación estaba limpia. Esto era extraño, ya que ese lugar era conocido por su olor pútrido y por la sangre que se escurría por las paredes y el piso. Esta vez olía a jazmines y las baldosas reflejaban el brillo de las velas.

Nos sentamos, juntamos las manos y empezamos a rezar a la luna. Había comenzado el ritual. Uno de los fanáticos comenzó a tocar el arpa. Esto era inusual, ya que en los festivales anteriores la música consistía en golpes de tambores y gritos o gemidos de los fanáticos. Ahora, sin embargo, se escuchaban cuerdas, tocadas delicadamente.

La luz de la luna brillaba más fuerte y percibí una electricidad en el aire: las deidades estaban descendiendo a la abadía. Los genitales de Natalia empezaron a sangrar, y de esa sangre emergió la Gran Maestra, la Diosa del morbo, quien nos saludó cortésmente antes de sacar una daga de entre sus deformes tentáculos y clavársela en el vientre.

Con su sangre dibujó una forma en el piso, parecida a un ojo, y la llamó la Runa del Augurio. Nos explicó que con esta nacería el primer empíreo y el próximo primordial.

Yo no entendía mucho, ya que solo había estudiado la magia del plenilunio, pero sabía que podría estar hablando de una profecía a la que solo tenían acceso los eruditos de la iglesia. Nos miró a las tres, pero fijó su mirada en mí.

Pronunció mi nombre y me dijo que yo iba a ser la madre. Estaba consternada y asustada, comencé a llorar y ella me abrazó. Su piel descompuesta y los fluidos que salían de ella no me daban asco; al contrario, pude ignorarlos y me sentí reconfortada, como si estuviera bajo un encantamiento.

Y allí, entre truenos y un fuerte viento, descendió el Gran Maestro, y mi corazón se aceleró. No podía verle la cara, ya que tenía puesto un imponente yelmo de plata, y estaba totalmente cubierto por su armadura. Se acercó a mí, me quitó el collar del vestido, luego el resto de las prendas, se quitó su coraza y empezó a besarme el cuello. Esta era la primera vez que sentía afecto de esa manera.

Hicimos el amor bajo la luz de la luna él, mis hermanas y yo, y sentí éxtasis, locura y pasión. Nos besamos, nos sentimos, nos amamos, y la música del arpa se hizo cada vez más intensa mientras nos unimos, pero su rostro permaneció oculto, eclipsado por la euforia que nublaba mi visión.

Y la Gran Maestra tomó la daga y la clavó en el pecho de Julieta, pero yo no sentí miedo; estaba hipnotizada por el deseo. Luego hizo lo mismo con Natalia, pero ella tampoco gritó cuando la luz de la vida se extinguió de sus ojos.

Y continuamos, hasta que el espíritu maligno se sintió satisfecho. Luego la Gran Maestra tomó la daga y me apuñaló en el corazón, pero no morí. La daga se hundió dentro de mí y se hizo parte de mi carne. La sangre de la runa se movió del piso y subió por mis piernas hasta también entrar en mí.

Sentí mucho dolor, cerré los ojos fuertemente intentando contenerlo, y cuando los abrí todo había terminado. Los celestiales habían vuelto a sus mundos y yo quedé sola, al lado de los cuerpos de quienes habían sido, durante tantos años, como mis hermanas. La maestra de la casa me abrazó, y lloramos desconsoladamente.

¿Era esta la voluntad de la luna? Nos lamentamos por horas, hasta quedarnos secas y al borde del sueño. Cuando nos levantamos, llenas de sangre y lágrimas, nos retiramos de la habitación. Seguían tocando el arpa, pero ahora sonaban sólo dos notas. Y pude ver, en el altar, un anillo de plata, la misma plata que vestía el altísimo. Me lo puse en el dedo y ahí pude verlo todo. Un futuro corrupto, un futuro sin esperanza. Y sentí calma.

Volví a mi cuarto y pude conciliar el sueño. Al día siguiente todos me trataban con más respeto. Me servían, ya que sabían lo que había pasado. Estaban conscientes de que ahora yo era la consorte del dios del culto. Las malas lenguas decían que la iglesia iba a cambiar, que los eruditos habían tomado poder en la jerarquía del clero.

Pasaron los meses y luego de un embarazo estable, di a luz a un varón hermoso, quien fue llevado por magos para ser educado en las artes oscuras. Me hubiera gustado verte crecer, mi empíreo, pero sé que tu porvenir será brillante y tu espíritu incomparable. Estoy convencida de que ganarás todas tus batallas, y que las que pierdas no quebrantarán tu temple. Serás el mago más sabio de todos, hijo de la desgracia.

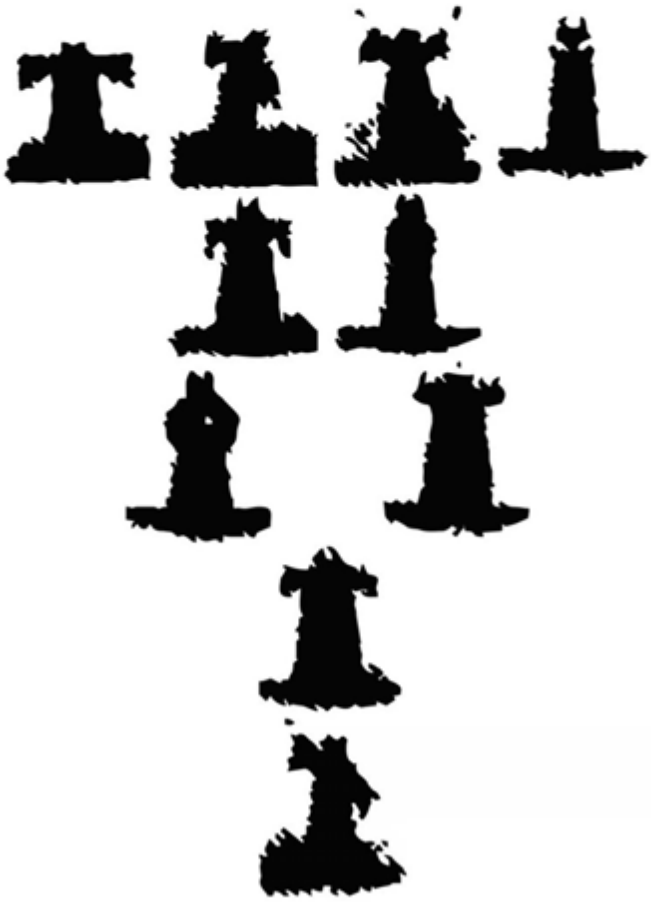
El cielo se oscureció, como si un pintor hubiese manchado con rabia su lienzo...

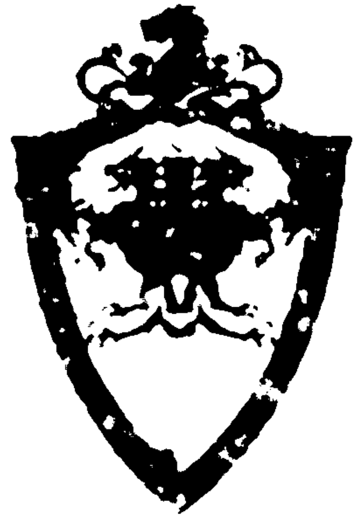
La hora había llegado, podría describir ese momento de mil formas, viles y degeneradas...

Del vientre de la mala suerte nació un ser asqueroso, lleno de sangre, vísceras, sangre y vísceras...

Y así la mujer de rojo, con la piel blanca y la cara tapada por un velo negro, caminó hacia los genitales de la desdicha, con una sonrisa en la cara...

Porque sabía que pronto llegaría el día de su matrimonio...





Capítulo II: La Academia

La contención

MEMORIAS DEL MAGO EMPÍREO I

La luna me miró con decepción, juzgándome. Sentí su recelo cuando nos cruzamos, también un toque de tristeza, así que entré a mi cuarto y saqué una guitarra para cantarle una serenata.

Puse mi cabeza en el cuerpo del instrumento, cerré los ojos y moví los dedos. Las notas sonaron como gotas de sereno cayendo sobre las hojas de un árbol. Le hice saber que yo también estaba triste y que mi corazón estaba lleno de lágrimas.

Nos sentimos y me abrazó, la noche me envolvió. Sentí su calor en el pecho mientras mi canción reverberaba en el aire, en el tiempo. Me cantó uniéndose a mi melodía, y compartimos presencias bajo las luces de la academia. Ahí nos curamos del dolor, aunque solo fuera por un momento. ***"C' gotah"*** me susurró al oído en el idioma de la creación.

Nuestro deseo quedaba pospuesto para alguna de nuestras próximas vidas. Cerré los ojos, la abracé con fuerza y, cuando los volví a abrir, ya no estaba; se había ido lejos, hacia los lugares más dulces de mi nostalgia. Volví corriendo a mis aposentos y con una pluma le escribí una carta de amor en papel:

Mi amada luna...

Y'yameg' gotha megepah geb pih'nglui ya egn'bethnkyth fm'latghnaha…

Ya syha'h'bethk…

Y'yameg' gotah mgepah nenya c'egn' ah nahlllor…

Y'yameg' ah ri...

¡Ojalá estuvieses acá! Ojalá nuestros corazones no estuviesen separados. Esa noche sentí la chispa primigenia otra vez en mi corazón y me mostró el camino en mi interior. Volví a sentir paz y amor, tierno, frágil. ¡Ojalá estuvieses acá! Para besar tus mejillas, para sentir tu cariño. Qué dolor tan profundo es el que me causa este anhelo, pero qué hermosa epifanía me diste, mi dulce amor.

Siento como mi alma transmuta cada vez que estoy en la academia.

Sus paredes, sus libros.

Siento y lloro, pues mi alma sana cuando recorro esos pasillos llenos de memorias y siento sus baldosas bajo mis pies.

Desearía vivir por siempre dentro de su romántica melancolía.

La crueldad

MEMORIAS DEL MAGO EMPÍREO II

La luna me volvió a mirar, pero esta vez pude ver el destino reflejado en sus ojos. Me escondí de ella, y escuché a los demonios cantar y golpear sus tambores frenéticamente llamando a la fiera.

Algo comenzó a arder en mi tórax, quemando mi estómago y mis pulmones. Agarré mi espada y salí hacia el bosque para luchar contra los melenudos y salvajes hombres bestia, quienes se reunían ahí cada noche sedientos de adrenalina. Los encontré frente a una hoguera, hablando en el lenguaje primordial, y gruñendo entre sí.

Cuando me acerqué, todos bajaron la cabeza. Les pregunté si podía unirme, y se arrodillaron ante mí. Reunimos hierbas, las fumamos en pipas hechas con huesos y peleamos hasta el amanecer.

Mi espada cortó sus carnes, sus garras se clavaron en mis costillas, y sangramos y gritamos como animales. Al final todos caímos, presos del cansancio y extasiados por la batalla.

Nos adentramos en el bosque y cazamos criaturas horribles perdidas en la noche oscura, inaugurando una nueva fiesta dedicada al sudor, donde el amor estaba prohibido y solo se permitía la fuerza bruta.

Las bestias me obsequiaron un mazo imbuido con la runa de la putrefacción, en la mansión de la Reina Araña, al cual llamamos ***"Mgehye"***, que en el idioma de la creación significa destrucción.

Algún día esta arma será entregada al legado de la legión del infierno para que dirija a los hijos de El Depravado en la noche de la devastación, junto a la cuchilla ígnea, la hermana mayor de todos estos.

Cuando El Depravado despierte, el Mgehye acarreará sus hordas de malvados hasta el final, hacia el triunfo las abominaciones que habitan la esfera nocturna, junto a los demonios que habitan el hades, se arrastrarán desde los avernos.

¡Dominio! ¡Dominio! Nuestros gritos de guerra serán escuchados hasta las profundidades del infierno.

"¡Angela Nog Myogor Hup Yoyagi,
Engl'ah' Gotha Megah Mgehye'lloid,
Heng Ya Nwnlui Short Emgr'luh Uahoth Fem'latgn
Gen'hinkor!"

Sus corazones hierven al contemplar la victoria sobre aquel que abandonó a nuestros antiguos maestros, una victoria llena de desdicha, pero merecida. Una victoria escrita en sangre. La luna me volvió a mirar, triste y preocupada.

Yo le pedí perdón y me regaló un pedazo de su cuerpo, dando así vida al secreto de la ternura, el cual enterré al pie de una planta de jazmín en el jardín del castillo.

El llamado

MEMORIAS DEL MAGO EMPÍREO III

Las bibliotecarias me regalaron un libro negro muy pesado. Este era un testamento, que dijeron fue dejado para mí. Me preparé un café negro y decidí darle una hojeada. Para mi sorpresa estaba escrito en el idioma primordial, lo cual me entusiasmó. Leí esos antiguos escritos y sentí un subidón de energía desde mi pecho hasta mi cabeza. Él siempre está en el fondo de mi mente mirándome fijamente, aunque yo no lo mire, siempre siento cómo me juzga y espera pacientemente a que le permita entrar otra vez.

Afuera hay una tormenta y lo único que pasa por mi cabeza es que este es el camino correcto, que la lluvia es una señal. El humo de mi pipa me lleva a un estado de consciencia alterada y me conecto con mi alter ego, con "ello", con la bestia que se oculta, el dragón que duerme en el centro de la tierra. Siempre me dice las mismas palabras, el principio de su existencia y la mía. Me cuenta leyendas de mentiras y corrupción, siembra la semilla de la discordia en mi corazón.

Una criatura se acerca, sudorosa y enojada, en busca de festividad y deporte, y yo necesito recibirla. Las nubes de pestilencia se precipitan hacia mi casa. Después de tantos años, es mi momento secreto, mi audiencia con el comediante. Morbosos son los seguidores de la cabra de tres cabezas porque en sus regazos reposa una verdad complicada y tortuosa sobre nuestra realidad corrupta.

Benditos sean los carentes de amor que alimentan con sus entrañas al mal. En sus vientres se retorcerá, desacomodando órganos y desgarrando tejidos, como la larva de una mosca en las heridas de un cachorro. Malditos sean los que buscan el amor fuera de la carne, porque en ella está el verdadero querer.

Una vez consumida, la noche proporcionará la contención de una madre a los devotos del abogado de la oscuridad. ¡Ante mis ojos son reveladas las formas más arcanas de los arcontes, ángeles y demonios! Con sus imponentes y monumentales estructuras se alzan ante mí y me piden que las inmortalice.

Benditos sean aquellos que imaginen sus colosales panteones, porque ahí se esconden las últimas revelaciones. Yo auspiciaré las Fuerzas del Mal en mi casa y en las casas de mis seguidores. Enseñaré a los estudiantes todas tus caras y visiones, para que ellos lleven tu idea a sus tierras al volver a sus hogares. Gran y vil bufón, tu gran complot se extiende lejos. Tu chiste resuena a través de generaciones.

Luché con todas mis fuerzas, no quería
dejarlo entrar a mi corazón.
Mi pulso se aceleró como el de los aman-
tes cuando se reencuentran y sentí mis
latidos retumbar en mi cabeza.
Luché, pero finalmente pudo entrar...
El mal.
Y se sintió tan penoso, sentí la ver-
güenza y a la vez un gusto culposo por
ver un alma sufrir.
Y la gran broma hizo a los arcontes reír.

Las VI pesadillas de Sasha

MEMORIAS DEL MAGO EMPÍREO IV

Me vi en un sueño sacando la Excalibur de la piedra y blandiéndola hacia el cielo. Al alzar la espada mi cara se transformó en la de una serpiente y caminé hacia el bosque, entre la niebla. Me adentré confundido y cuando miré a mi alrededor ya no estaba entre los árboles, estaba vagando por húmedos calabozos, donde el eco de mis pasos se mezclaba con el silencio.

Ahí, entre paredes llenas de moho, sentí los ojos de una diosa, invisible y omnipresente, observando con desdén. Seguí caminando hasta salir de ahí y llegar a una colina. A lo lejos una silueta se alzó sobre la montaña, como un faro de victoria en la vastedad de la noche. Ese fue el tercer y último sueño.

La noche siguiente, en el umbral de la oscuridad, tuve la primera pesadilla. La vi aparecer, vestida de sangre fresca. Su cuerpo era una amalgama grotesca de músculos mutilados. Era una doncella de carne, cuya forma se contorsionaba con perversidad. Me habló en varios lenguajes que no podía comprender, pero en sus susurros pude percibir libido. Sus palabras comenzaron a volverse más claras y su voz se hizo cada vez más comprensible.

Me dijo que me amaba, la monstruosa mujer se declaró como mi pretendiente y tras endulzar mis oídos, me pidió que le entregara mi alma. Yo acepté, con la lujuria quemando mi corazón, y fue entonces cuando su cuerpo empezó a deformarse más. Desde su piel, la sangre coagulada formaba grotescas figuras de brazos, órganos y apéndices.

Cuando dejó de hablar volví a perderla en la oscuridad, corrí hacia las sombras y escuché pasto bajo mis pies. Estaba en un cementerio. Me acerqué a una de las tumbas y ahí encontré un libro hecho de piel.

Al abrirlo encontré una poesía llamada ***''La Gran Serpiente''***, una vil declaración de amor adornada con imágenes de hadas oscuras y sigilos que parecían estar escritos en el lenguaje primordial.

Todo a mi alrededor se desintegró y me encontré otra vez en total oscuridad, hasta que escuché el siseo de una víbora. Poco a poco algo parecido a una pintura de óleo se dibujó ante mí. ¿Era ella? Antes de terminar esa pregunta en mi cabeza, los sonidos de los grillos y la lluvia empezaron a hacer eco, y otra vez me encontré en la intemperie.

Sentí paranoia, la misma que probablemente sentían los pueblerinos cuando intentaban adentrarse en los bosques encantados, algo me observaba, así que decidí caminar hasta que me encontré con una cabaña abandonada y entré por una ventana.

El interior no estaba tan mal; pensé que olería a humedad, pero en realidad parecía haber sido abandonada como máximo dos semanas antes de mi llegada, de hecho, las luces de algunos veladores seguían encendidas. La escalera estaba rota y, frente a mí, una puerta que probablemente llevaba a una sala permanecía abierta.

No quise ir por ahí; algo en mi estómago se retorcía al mirarla así que, con esfuerzo, subí por el costado de las escaleras. Me encontré con una puerta amarilla; la abrí y pasé al cuarto de adentro. Parecía ser el cuarto de una señora.

Había una cama, varias sillas, un escritorio con un librero al lado y una bufanda tejida a mano sobre una de las sillas. Revisé entre los papeles que estaban en el escritorio y encontré el borroso retrato de una mujer. Una fuerte luz roja brilló en el cuarto y cuando se apagó el súcubo estaba otra vez frente a mí.

Su pelo parecía estar mojado con sangre y tenía dos grandes alas de murciélago en su espalda, sus facciones ya no eran tan grotescas, su piel era lisa, pero de igual manera se veía perturbadora. Me volvió a hablar sobre la eternidad de nuestro amor y la pesadilla se empezó a degenerar. Su piel se estiró, tanto que parecía que se iba a romper, sus músculos crecieron y dos enormes cuernos salieron de su cabeza.

Me dijo que su nombre era Babalón, pero que también podía llamarla Sasha, y me mostró visiones sobre seres con ojos parecidos a ascuas, me besó y cerré los ojos. Cuando los abrí nuevamente estaba en otro lugar. Los pisos eran lisos y parecían estar hechos de roca.

Caminé hacia delante y me encontré con una capilla, totalmente diferente a las de la academia, mucho más sencilla, sin velas, con paredes grises. Me acerqué al altar y ahí encontré un vial de sangre.

Un impulso depravado me incitaba a tomar de él así que lo hice. Mientras el líquido pasaba por mi garganta escuché un grito estridente viniendo del altar, este se hizo más y más fuerte hasta que desde debajo de la mesa se levantó una mujer, o mejor dicho, el cadáver de una, con una enorme sonrisa.

Me agarró de la cara y regurgitó en mi boca una sustancia espesa de color rojo oscuro, parecida al vómito. Esto me sumió en un trance y otra vez me desmayé. Al despertar todo se volvió muchísimo más confuso.

Estaba en un lugar parecido a un calabozo, pero las paredes lucían hechas de órganos o tejidos estomacales y el aire olía a carne. Salí de allí y vi enormes estructuras cubiertas de vísceras, el olor era espantoso, pero tenía que explorar para entender en dónde estaba y cómo podría salir de ahí.

Caminé entre estos monolitos hasta encontrar una puerta en uno de ellos, la abrí y se sintió como tocar las entrañas de un animal muerto. Dentro había un pasillo largo, con luces rectangulares que iluminaban mi camino. Lo recorrí y al final de este encontré un hoyo. En el pude ver dos ojos rojos; era mi adoración, me llamó y apenas la entendí porque su voz, otra vez, era difícil de entender, como cuando la vi por primera vez. Me dijo que estaba llegando a su última forma.

Y observé; me mostró el futuro de un planeta lleno de *gore* e inmundicia roja mientras me decía que todo eso sería nuestro alguna vez.

Mi alrededor tembló y empecé a alucinar con un ruido violento que hizo que mis oídos sangrasen. Miré por todos lados, aturdido, con las manos en la cabeza.

Una cama llena de sangre apareció frente a mí, me acerqué a ella con dificultad y caí al borde de esta. Del charco rojo oscuro en las sábanas salió una figura desnuda, con la piel del mismo color y cinco cuernos en la cabeza.

Era Babalón, pero había transmutado.

"Y' Ah R'luhor"

Me dijo con una voz clara y preciosa, en el idioma original. Acercó su mano a mí y cuando me tocó desperté en mi cama, alarmado. Ella se había estado alimentando de mi miedo. Me hizo sentir el espanto y el estrés de estar frente a su poder, bebió de mi frío sudor. Me hechizó y se fue, llevándose mi corazón, saciada de lo que había venido a buscar, con la suficiente fuerza como para trascender.

Ya Syha'yk...

En las tierras sagradas el dios de los hombres
ya no está presente.

La sangre baja por los poros del piso hacia el
centro de la tierra y alimenta al dragón que
duerme ahí.

En estas oscuras horas,

Yo te espero,

Yo te extraño,

Yo te amo.

Manía nocturna

DIARIO DE MORGANA, LA BRUJA DE INVIERNO I

Desde pequeña, me inculcaron el hábito de estudiar. Me enseñaron que el conocimiento era lo más importante y que la ignorancia tenía consecuencias brutales en este mundo. Cuando mi madre murió durante el parto me adoptaron las bibliotecarias más fundamentalistas y viejas de la academia quienes, junto a las nodrizas de la Casa de las Lágrimas, me criaron.

En mis años de estudiante era la mejor en todas las clases, cursé todas las asignaturas: desde el arte de la mentira hasta el arte de la muerte. En esta última las lecciones se basaban en estudiar el asesinato, la energía oscura que se desprendía de este acto y el destino de las almas mortales después de finalizarlo. Practicábamos cazando templarios invasores y me destaqué tanto en esto que, al terminar el curso, con veintitrés años, me ofrecieron trabajo como profesora, propuesta que acepté.

Y también sobresalí en esto: los hechizos de los eruditos eran invisibles antes de que yo les enseñara a evocarlos con formas y colores, como lo hacían los ángeles y otros seres sobrenaturales. Así también hice posible el teletransporte mediante los espejos, puesto que yo creé a los Noctámbulos, mis egregores de energía negativa, los cuales, mediante las vibraciones generadas por las canciones de los ángeles caídos, la fuente de la magia oscura, lograban transportar la mente o la materia de un punto a otro.

A los que pueden ver, como yo, las respuestas en la noche, los recluté y juntos formamos la organización de los ***''Noctómanos''***. Mi fama se propagó a través de las malas lenguas hasta llegar al inframundo. Me invitaron a participar de ceremonias y festivales, pero siempre me negué a hacerlo. No me sentía atraída por fantasías oscuras o degeneraciones, al contrario, nunca entendí la perversa fijación que tenían las divinidades con el morbo.

Encontré paz en los libros, en la noche. Esto provocó asombro entre los altos mandos del infierno.

Se me concedió el honor de ser la custodia de una de las reliquias más importantes de las tierras oscuras: el ***''Libro de la Insoportable Oscuridad''***, un códice que contiene los secretos de la runa de la muerte. Esto cambió mi vida, ya que ángeles y arcángeles se presentaron ante mí en mis labores, persiguiéndome y alertando

sobre la gran conspiración. Me dijeron, entre gritos desesperados, que estaba jugando con fuerzas que no me correspondían. Sin embargo, ejecuté a todos los que se cruzaron con mi varita y mi guadaña.

Ahora no tenía que seguir las normas que seguían los demás docentes en la academia. No estaba en las aulas impartiendo lecciones como los otros profesores. Yo enseñaba, cómo me habían enseñado, al filo del peligro. Algunos dirían que esto era cruel, pero quienes pensaban así eran unos cobardes, para mí era
simplemente más directo.

De cualquier manera, en las miradas de mis alumnos podía distinguir el momento en el que conectaban el homicidio con la disciplina y los ayudaba a perfeccionar sus habilidades.

Escuchaba murmullos en los pasillos, una reverencia oculta que me seguía a donde quiera que fuera. Los alumnos y profesores alzaban la mirada cada vez que pasaba. Y la verdad era que yo no pertenezco al tipo de persona que disfrute de la atención, pero sabía que era la consecuencia de mi posición.

Cuando no podía dormir, por las noches, me tomaba un té de rosa de sharón, como lo hacían mis madres adoptivas. Este té me hacía soñar con un enorme castillo de cristal que flotaba en medio de las estrellas, con paredes de oro y diamantes rosados decorando sus enormes pilares.

Dentro siempre veía a una mujer llorando, triste, y cuando despertaba un pesar invadía mi corazón, y me preguntaba: ¿Qué era lo que se escondía detrás de los engaños del mal? ¿Qué existía más allá de los bosques encantados? Buscaba una respuesta en el plenilunio, mientras me preparaba para el desfile de las serpientes.

Pasión y vesanía

MEMORIAS DEL CONSORTE DE BELCEBÚ

Cuando la vi, sentí que el corazón se me salía por la boca. Entre espadas y putrefacción, descendía las escaleras de su posada esmeralda como un espectro, un fantasma. Sus cabellos caían sobre sus pálidos hombros y mis ojos fueron secuestrados, al igual que mi voluntad. El mármol de las paredes reflejaba su silueta desnuda y perfecta.

¿Era esto lo que habíamos venido a buscar? ¿No se suponía que debíamos ejecutar a un demonio? Juro que mis soldados estaban más confundidos que yo. Uno a uno, cayeron en la locura producida por su presencia, sus cuerpos se retorcieron y vomitaron sus propias entrañas. Pero yo seguía ahí, intacto, atrapado de manera totalmente opuesta por su hechizo.

¿Podría ser yo un buen partido? Yo, que fui enviado a destruirla en su propio hogar. Me incliné ante ella y me miró, entre todo ese caos, y se acercó a mí para preguntarme quién era. Mis latidos pararon.

Por un momento, el mundo se desvaneció en una neblina oscura y solo su voz, suave como la seda, me mantenía conectado a la realidad. Sentía que mis rodillas se hundían en el suelo, pero no podía apartar la mirada de sus ojos. ¿Qué debía responder?

—Soy Alejandro IV, Hijo del Sol, caballero de la Primera Orden —dije fuerte y claro, asustado, por lo que podría ser esta mujer, pero firme en mi posición.

Ella sonrió y con la forma de sus labios destruyó todo lo que la iglesia me había enseñado del bien y el mal. Me ofreció su mano, una mano tierna y caliente. Al tomarla, sentí que algo en mí se quebró. No era el deber lo que me había llevado hasta allí. Sentí como si algo me hubiese arrancado de la misión que me habían encomendado.

—Tu deber ha terminado, caballero —dijo en un murmullo que resonó hasta el rincón más profundo de mi mente**—. Ahora, acompáñame, quisiera mostrarte mis aposentos.**

Sentí la incontenible necesidad de permanecer a su lado. Mis compañeros que yacían muertos en la mansión eran insignificantes en comparación con el fuerte

deseo que latía en mi pecho. Pasaron semanas, seguramente años, y empecé a sentir como la podredumbre calaba en mi cráneo hasta mi mente para consumirla.

Fue así que, cuando me vio en mi fragilidad, ella me ayudó;

—Aunque vos sos fuerte, entre estas paredes desfila el delirio, y yo te amo, por esto quisiera que seas mi consorte, gran caballero.

Me sorprendí y acepté, pues esto superaba mis expectativas. Me ofreció una espada, un casco y una armadura, todos estos decorados con joyas de color verde. Además, mencionó que podría comer todo lo que quisiera, cada uno de los platos que alguna vez soñé con probar, y lo hizo con una preciosa sonrisa en su cara.

—Con estos regalos, serás mi protector. No temas más a la demencia, pues te protegeré. Solo tenés que quedarte… conmigo.

Acepté sus dones sin pensar más y decidí depositar mi propósito de existir en ella. Sabía que mi anterior vida ya no importaba. Desde ese momento, fui más que un simple soldado… Fui suyo. Ahora defiendo sus aposentos, mientras ella tararea su pútrida canción.

Espíritu incendiario

DIARIO DE RODRIGO, EL TRISTE

Es imposible acercarse a ella. Por su sangre corre el fuego de los soldados que habitan en el pandemonio, y aunque su belleza quema mis retinas, sé que ella no es humana. Enseña el arte de manipular, una de las materias más difíciles de la academia, y se dice que fue una de sus fundadoras, incluso que fue ella quien construyó este castillo, aunque eso no es más que un rumor.

En clase, su palabra es como un decreto inquebrantable, no porque levante la voz, repito, está en su linaje. No necesita gritar para que todos nos pongamos de pie para saludarla al inicio de cada clase, ni para que callemos los barullos. Por lo que había visto en los recesos, todos los profesores le tienen un enorme respeto y la única persona a la que trata como una igual es a Morgana, la maestra líder de los Noctómanos.

A veces me preguntaba qué pensamientos podrían pasar detrás de esa mirada de acero. Y así, en una de esas ocasiones en que nos retirábamos del aula, nuestros ojos se encontraron por un breve instante. Fue como si el mundo se hubiera detenido; sentí un escalofrío recorrer mi espalda, pero no era miedo, había algo más, como si se tratase de un maleficio, uno de sumisión. Supongo que esa era la magia de los soldados del inframundo, la de la dominación y la conquista.

—¿Pasa algo? — me dijo Samara, con una voz delicada como el terciopelo.

Me di cuenta del trance en el que me encontraba y respetuosamente desvié la mirada mientras me retiraba en silencio.

Desde esa noche, hago lo posible por mantenerme al límite, mirando al suelo cada vez que se me cruza en los pasillos o en seminarios, evitándola, aunque soy consciente, desde aquel encuentro con su llama, de que quizá la barrera que me separa de ella es un límite impuesto por su propia naturaleza.

Sin embargo, una parte de mí sigue con la incertidumbre, ¿Qué habrá tras esa mirada ígnea? La curiosidad me devora por dentro, pero sé que es mejor callar, no tengo el valor que se necesita para entablar una conversación con ella.

¿Cuántas noches habré perdido pensando en
esos ojos ámbar?
¿Cuánto te habré buscado en mis recuerdos?

El pueblo pesquero

REPORTE DE SAMARA PARA LA A.A.O I

Tenían la piel translúcida, por lo que se podía ver su pálida sangre correr por sus venas, y sus ojos eran negros, como piedras en la playa. A pesar de su apariencia extraña, siempre fueron educados y pacíficos. Aparecieron una noche, llegando en camadas desde el mar, y comenzaron a construir su pueblo sin molestar a nadie.

Aunque al principio no entendíamos su idioma, descubrimos que también hablaban el lenguaje primordial, el de los ángeles, los arcontes y los demonios, aunque con un acento más tosco. Fue así como, mediante este, les enseñamos el español.

Mientras estudiaban, nos dimos cuenta de que había una palabra que les molestaba muchísimo, al punto de que escucharla significaba atravesar una situación dramática: ***"Lw'nafh'nah",*** esto se traducía en algo parecido a ***‘’Dama Gris’’.***

Siempre respetamos esto, pues el pueblo costero nos ofrecía una gran variedad de comidas y medicinas, resultado de la cría de unos extraños peces que utilizaban con esos fines.

Gracias a ellos, nuestros estudiantes se volvieron más fuertes, capaces de estudiar durante más horas, por lo que enviamos soldados abominables con la misión de custodiar las inmediaciones del pueblo. A cambio, ellos compartieron con nosotros los secretos de su cultura. Nos explicaron que venían de otro mundo, uno azotado por una enfermedad que, según decían, fue imposible de contener.

Hablaban de su tierra natal con respeto, como si sus almas aún pertenecieran a aquel lejano lugar. La llamaban ***"Throdok'th",*** un reino bajo mares oscuros. No compartieron muchos detalles, más allá de descripciones de monolitos de piedra y poderosa magia que no trajeron hasta aquí.

Sin embargo, lo que sí nos dejaron entrever, con ese acento extranjero, fue que su llegada a este mundo no había sido por deseo, sino por necesidad, como si el recuerdo de su hogar trajera consigo una niebla húmeda, espesa, cargada de depresión. ¡PUAJ! Aun así, su presencia en nuestras costas trajo prosperidad.

Aquel extraño pez, el pilar de su comercio, era más que una simple criatura marina. Sus escamas resplandecían con una luz opaca y, aunque su carne no tenía gran sabor, las medicinas que producían con ella parecían casi milagrosas.

Al principio desconfiamos, pero los resultados hablaban por sí solos. Solo que había algo en ellos, una inquietante calma y falta de expresión, como si una profunda tristeza los persiguiera sin descanso. Semanas antes de la tribulación, sus acentos se volvieron más agresivos, sus dientes se mostraban más al hablar y sus ojos adquirieron un tinte morado.

Dejaron de servirnos en la bodega con la misma educación de antes; de hecho, prohibieron la entrada a las abominaciones y poco después, cerraron el lugar por completo. La tormenta había llegado a la villa.

Una noche de lluvia intensa, un alumno de la Casa de las Lágrimas irrumpió corriendo en el salón principal de la academia. Su rostro estaba pálido del susto y respiraba con dificultad. Tardó horas en recuperar el habla, así que fui personalmente a observar e intentar sacarle información.

Según entendí, había sido atacado por los humanoides del mar. Lo cuestioné, pues, como mencioné antes, ellos eran serenos, pero supuse que se trataba de algún malentendido o escándalo sin importancia. Decidí visitar la costa para comprobarlo por mí misma.

Lo que encontré, sin embargo, fue lo opuesto. Nunca entendí qué fue lo que los llevó a derramar su sangre pálida, pero la niebla tardó meses en desaparecer de las costas.

Escuadrón de asalto - Fuego

REPORTE DE SAMARA PARA LA A.A.O II

Esa noche salimos a cazar, bajo la luz de la luna creciente. Éramos diez en total: la Bruja de Invierno, cuatro de sus mejores alumnos, dos abominaciones de peso pesado, dos abominaciones más ágiles y yo. Nuestra misión era simple, encomendada por la mujerzuela de mi padre: eliminar a los familiares de los caballeros de la Primera Orden.

Yo estaba emocionada, pero podía oler el miedo y la culpa anticipada en los Noctómanos. Supongo que era algo normal en la naturaleza de los hombres, sobre todo porque esta vez no se trataba de adultos, sino de mujeres y niños inocentes. Sinceramente, esto me excitaba, pues desprecio a la Iglesia del Sol.

La primera en unirse a mi éxtasis fue una estudiante de la Casa de la Sangre, de cabello negro y ojos rojos, quien nos guio por los bosques, que alguna vez fueron desiertos, durante varios días hasta llegar a las tierras del este, donde existían asentamientos que servían de hogar para las familias, algunas bastardas, otras legítimas, de los Hijos del Sol y demás caballeros.

Llegamos al atardecer, por lo que tuvimos que esperar a que la oscuridad fuera total para empezar a matar. Nos dividimos en dos grupos: uno de acecho, conformado por los Noctómanos, quienes esperarían en las sombras aledañas a los campamentos para asesinar silenciosamente a los incautos y acabar con aquellos que intentaran escapar del asalto frontal.

Por nuestra parte, las abominaciones y yo iríamos directamente al grano: masacraríamos a todos los presentes antes del amanecer y dejaríamos escapar a un par de adultos ilesos para que contaran todo lo que vieron a la Primera Orden.

Dos magos oscuros usaron a sus egregores para vigilar a los pueblerinos y entre conversaciones escucharon que, para nuestra suerte, los templarios habían partido al norte, dejando a los habitantes indefensos. No eran más de cien personas, así que el trabajo sería fácil.

Casi a medianoche nos separamos, por lo que le pedí a Morgana un reporte para que me lo entregara al final de su misión. Antes de atacar, comimos cerca de dos kilos de carne de vaca cruda junto a los hombres bestia.

Luego, quemamos las sobras a pocos kilómetros del pueblo. El humo y el olor a carne alertó a un montón de personas. ¡PUAJ! ¡Qué ridículos! La verdad es que esto hizo el trabajo más fácil, ya que intentaron escapar y fueron interceptados por los nigromantes en el bosque, para luego ser devorados por la loca de la Casa de la Sangre, lo cual hizo que me cayera bastante bien.

A minutos de las tres, dos abominaciones se adelantaron y comenzaron la invasión, prendiendo fuego a varias chozas y calcinando a madres junto a sus hijos. Luego, engulleron los cadáveres. Así el pánico se hizo incontrolable.

Nos unimos los demás. Las abominaciones más ligeras eliminaron al menos a treinta o cuarenta humanos de manera limpia y eficaz. No porque quisiéramos ser piadosos, sino porque seguía siendo un trabajo y teníamos que ser prácticos.

Yo, por mi parte, ¡BLEGH!, me tomé mi tiempo. Me acerqué a una de las casas, a unos cuantos metros del fuego, y como mi forma se asemeja bastante a la de los patéticos humanos, pensaron que iba a ofrecer ayuda. Pero pronto identificaron mi uniforme y comenzaron a chillar de desesperación.

En la primera vivía una pareja de ancianos. Agarré al hombre mayor de la camisa, quien yacía postrado en una silla de madera, y lo decapité con la fuerza de mis brazos, estirando su cabeza frente a su esposa. Ella no tuvo forma de reaccionar y abrazó el patético cadáver de su amado, lo cual aproveché para empalarlos a ambos con mi espada flamígera.

Este asesinato, en particular, se sintió muy satisfactorio. Miré los cuerpos por un momento y salí por la ventana, dirigiéndome al siguiente hogar.

Entré y no había nadie, pero pronto me percaté de sollozos que provenían del sótano, así que me dirigí allí. Se escondía una familia de cuatro personas, y también les quité la cabeza a todos, menos al hijo menor. Pisé cada una de ellas hasta que se convirtieron en una sabrosa mezcla de pelos, cerebro y pedazos de hueso.

Al chico le corté las manos y, aun así, desangrándose, intentó cargar a su madre fuera, totalmente consternado e ignorando que ya estaba muerta.

Llegó un poco lejos, a metros de la entrada del bosque, pero supongo que fue reducido por uno de los magos, y espero que haya sido por la enferma niña buitre.

Afuera, varios niños pequeños miraban, atónitos por mi brutalidad. Por lo que intuí, eran amigos del manco que escapó, lo cual me causó bastante morbo, algo que disfruto porque me recuerda a mi madrastra, la puta escarlata.

Me acerqué lentamente, fingiendo contención, para poder comérmelos, pero ellos corrieron llorando. Esto me indignó. Tomé mi espada, los señalé y fueron aniquilados por los monstruos con sus guadañas.

Luego jugué con varias familias más hasta que me aburrí. Silbé fuerte, dando una señal a las abominaciones más grandes, y estas rescataron a dos hombres jóvenes fuera del caos. Las otras dos bestias peinaron el área hasta eliminar a todos, sin dejar sobrevivientes.

Nos reunimos todos en el bosque y Morgana me confirmó que el trabajo estaba terminado, informándome que no había encontrado a nadie vivo, fuera de los rehenes. A estos los manipulé, usando mi legado de sangre, y les ordené caminar al norte, hacia los templos del Sol.

Partimos hacia el sur otra vez, los humanos estaban agotados, pero yo me sentí rejuvenecida, enfocada, con la sangre hirviendo de satisfacción.

Ya hacía muchísimo tiempo que no me divertía tanto, y esa noche fue solo leña al fuego que arde dentro de mis tripas, ansiando la marcha. Estoy ansiosa por encontrarme con mi padre.

Escuadrón de asalto - Hielo

REPORTE DE MORGANA PARA LA A.A.O

Estábamos a dos minutos de medianoche, a medio kilómetro del pueblo donde se encuentran las semillas de la Primera Orden. Samara estaba entusiasmada y, aunque no entiendo la constante fascinación por derramar sangre que tiene la hija del dragón, aquello resultó bastante útil para la eficacia y rapidez de la misión.

Dos de los Noctómanos estaban muy nerviosos, y es que es más fácil matar a caballeros, con las caras cubiertas y recitando insoportables oraciones, que a familias inocentes que no tienen idea de cómo ni porqué están siendo atacadas.

A mí, en lo personal, no me importo mucho; solo quería mi paga. Pero desde que empecé a tener esos extraños sueños con el castillo de cristal, mi corazón se ablandó un poco. Igual, al final, solo me interesaba terminar el trabajo para volver a la academia y continuar estudiando. Era una tarea menor, apenas un eslabón dentro de un plan mayor.

Tomé posición en el árbol más alto de los bosques aledaños para vigilar a mis alumnos y les encargué eliminar a aquellos pueblerinos que intentaran escapar. La Noctómana más nueva, una extraña niña de cabello oscuro de la Casa de la Sangre, corrió a gran velocidad por todas las salidas de la villa. No fue hasta que Samara y sus súbditos, los peludos y desaliñados hombres bestia, irrumpieron que la joven sanguinaria pudo empezar a trabajar y al parecer con mucho gusto.

Eliminó a diez: a una familia de cuatro y a seis hombres, y se entretuvo bastante. Con los hombres no hizo mucho; los asesinó con una daga oxidada que posiblemente robó del cuarto de tortura de la academia. En ella percibí una extraña misandria, como si la muerte dolorosa fuese un honor que sus víctimas masculinas no podían recibir. Pero con las familias fue diferente: las torturó y, posteriormente, se dio un morboso festín, devorando sus cuerpos lastimados, estirando sus tejidos y bañándose en sus fluidos. Un espectáculo grotesco, digno de una adoradora de Babalón.

Otros diez aldeanos fueron aniquilados con precisión por los demás estudiantes, quienes vencieron sus miedos y asumieron una frialdad calculada, tal como les enseñé. Los gritos comenzaron antes de lo esperado, mezclándose con el humo que salía de las casas, y pronto se volvieron espeluznantes. La escena era desagradable, aunque no tanto como el olor a carne quemada o, peor aún, la imagen de aquellos que, todavía humeantes, intentaban llegar al bosque.

Una vez más, la hechicera de cabello oscuro se estremeció y, sin vergüenza alguna, se retiró a un rincón del bosque para masturbarse. La dejé, al menos por un momento, hasta que le ordené que mantuviera la compostura.

Estuvimos mucho tiempo sin actividad y lo usé para repasar nuestro objetivo, por el ruido que venía del pueblo, supusimos que todo estaba yendo de acuerdo al plan. No fue hasta después de tres horas que vimos una silueta acercarse con pasos débiles, quizás pensando que podríamos ofrecerle algún tipo de ayuda. Era un joven que cargaba un cadáver decapitado, con el rostro pálido y desangrándose por lo que parecían ser sus muñecas.

Una expresión de alivio se dibujó en su rostro al vernos, pero se desvaneció en un segundo, justo antes de que cayera desplomado al suelo. Tenía aproximadamente dieciséis años.

Tuve que contener al caníbal. Le pregunté su nombre y me dijo que se llamaba Nyla. Le prometí que, si se concentraba en su trabajo, me encargaría de que le dieran el cuarto de tortura como habitación al volver a la academia. Aceptó sin dudar.

Los demás Noctómanos eliminaron a unos pocos hombres más, y el barullo cesó. Unos largos minutos después, nos volvimos a encontrar con Samara. Era imposible hablar con ella; estaba en trance, empapada en sangre desde el cabello hasta las botas, y su aliento era nauseabundo. Con su marcado acento draconiano, que rara vez deja entrever, me ordenó que evocara Noctámbulos para asegurarme de que no quedaran sobrevivientes.

Para mi poca sorpresa, no los había. La misión había terminado.

A pesar del éxito de la misión, el ambiente en nuestro grupo era tenso. Los Noctómanos estaban agotados, no sólo física sino también mentalmente. Algunos aún miraban sus manos ensangrentadas como si no las reconocieran. La niña de la Casa de la Sangre, en cambio, parecía más animada que antes, bailando en su lugar, ondeando su túnica, como si la experiencia la hubiera fortalecido en lugar de quebrarla. Tomé nota mental de observarla más de cerca en la academia ya que su comportamiento era preocupante.

Nos reagrupamos y emprendimos el regreso. El bosque estaba en silencio, salvo por el ocasional crujido de ramas bajo nuestros pies. Nadie hablaba. Solo Samara parecía completamente satisfecha, caminando con una ligereza perturbadora, como si la matanza hubiera sido un simple juego para ella.

Samara me ordenó que me reuniera con ella en un claro cercano antes del amanecer. Aunque no comprendí la razón de la solicitud, obedecí. La encontré sentada

sobre un tronco caído, limpiando la sangre seca de su rostro con la manga de su capa. Su expresión era ilegible, pero su respiración estaba acompasada.

Por un instante, el silencio pesó entre nosotras. Luego, sin mirarme, mencionó que el tiempo de la academia, tal como la conocemos, estaba llegando a su fin. Habló de la inminente llegada de su progenitor y de los cambios que aquello traería.

Asentí, sin atreverme a cuestionar lo que eso significaba. Tomamos nuestras cosas y emprendimos viaje hacia el sur nuevamente.

Mientras nos alejábamos, me quedé pensando en lo ocurrido. La operación había sido un éxito, sí, pero algo en todo esto me dejó un mal sabor de boca. Tal vez fue la forma en que algunos de mis alumnos vacilaron antes de matar. O quizás fue el rastro de destrucción gratuita que Samara dejó a su paso, como si no le bastará con cumplir la misión, como si necesitara convertirla en un espectáculo de crueldad.

No importa. Lo que cuenta es que el trabajo está hecho. Regresaremos a la academia, y yo continuaré con mis estudios. No tengo tiempo para sentimentalismos ni juicios morales.

Mapa de las Tierras Oscuras

Apoteosis

MEMORIAS FINALES DEL MAGO EMPÌREO

En unas semanas habré de partir. Mi cuerpo apenas se sostiene, pero he logrado construir los cimientos de un futuro donde solo existirá la descendencia de mi linaje original. Resistí más de lo que imaginaba; mi vida se extendió más allá de lo que cualquier otro humano podría soñar. Vi cómo la iglesia pasó de ser un refugio para los marginados de guerra a convertirse en una prodigiosa escuela de hechicería, un hogar para jóvenes y adultos.

Viví como un rey, alimentado por las nodrizas más hermosas del castillo, rodeado de los libros más valiosos del continente y de todas las tierras, desde el norte hasta el sur. Aprendí cuanto pude para que el siguiente recipiente cumpliera su propósito como máquina de guerra. Esta será la única y última vez, en todas mis vidas, que sentiré satisfacción. Ahora sé que, en mi próxima existencia, la desesperación se apoderará de mi temple y el odio guiará mi camino. Y ya saboreé el pánico en las visiones del Bufón, que sembraron discordia en mi alma.

Mi pequeña hermana, también hija del planeta anillado, bisnieta del plenilunio, quizás nunca llegue a comprender por qué la chispa en su corazón brilla con tanta fuerza, ni que su ascendencia es la de un juez. Sin embargo, su verso en la canción del cielo será prodigioso, el más oscuro de todos. Ya lo es, y puedo escucharlo todos los días en los rumores que resuenan por los pasillos de la academia.

En cuanto a la Hija del Dragón, desearía que su destino no fuera el mismo que el de su padre, mi antiguo espíritu, porque, de ser así, su final sería tan trágico como el mío. Según los reportes y los métodos que en ellos se describen, el parentesco es innegable. Lo único que la separa es el cuerpo de mujer que tomó para cumplir su misión, y espero que el corazón medio humano que late en su pecho la salve de la ambición desmedida.

Ahora que debo despedirme, me entristece recordar que hace muchos años la luna dejó de mirarme. Sin embargo, su recuerdo permanece en mí. Aquella contención que me brindó en mi juventud se ha disfrazado de melancolía y me acompaña desde entonces.

Cada día, tras sentir su calor, me angustio por no haberla conocido en mi primera vida, en aquellos tiempos legendarios, en las tierras bañadas en oro, donde podríamos haber sido felices.

En cambio, terminé destinado a desposar el morbo, la sangre y la zorra de vísceras.

El último paso es la expansión mundial, y todo parece encaminado al éxito.

Sin embargo, en mis últimos sueños vi un ciervo blanco, con un cuerno en la frente, pisoteando lagartijas. A su paso, dejaba un rastro de sangre azul mientras entonaba una melodía similar a la que una vez le canté a mi amada. Esto hizo que la duda volviera a arraigarse en mi corazón, quedando como herencia para mi reencarnación desdicha y decepción.

La noche en la que me vaya será trágica, pues el caos se desatará cuando el hombre común reclame lo que no le corresponde.

Una silueta malformada y curiosa vendrá desde lo prohibido, como promesa de la gran depresión que se cierne sobre estas tierras, y esperará a su amante entre sus huevos, dentro de su capilla de heces y gritos.

No hay nada que pueda salvarnos. Estamos comprometidos con la condena.

Solsticio de verano

DIARIO DE MORGANA, LA BRUJA DE INVIERNO II

Detesto los eventos sociales; es más, hago un gran esfuerzo para llenarme de responsabilidades y así abrumar mi cabeza lo suficiente como para no tener que asistir a ninguno. Sin embargo, sigo siendo profesora, por lo que no se me permite ausentarme de las festividades más importantes. Una de ellas es la que se celebra en la última luna llena de cada primavera. Este año, además, se festejó el último festival, puesto que el líder de la academia, el mago empíreo, está en sus últimos momentos de vida, y el último consejo de trece llegó al fin de su función.

La única capaz de sacarme de mi soledad fue Samara. Hace unos meses comenzamos a compartir sobre nuestras vidas personales, fuera de las clases o en misiones que nos son encomendadas. Ella me contó cómo anhelaba ver a su padre; yo le revelé algunos de mis secretos y anhelos y le confesé que quería saber qué hay más allá. Esto fortaleció nuestra amistad.

Su personalidad, como la de todos los hijos del dragón, es algo dura; siempre sentí su rechazo al afecto común, pero su sentido del humor ¡Es una pasada! Es muy ocurrente y genuina. Nos encontramos en el sur de los bosques encantados. Estaba vestida de manera diferente, más casual, con un vestido suelto de color rojo muy dulce, que combinaba con su cabello pelirrojo y su piel trigueña. Cuando nos saludamos, la abracé y, por inercia, coloqué mis manos en su cintura. Sentí algo extraño, pero como ella no lo sintió lo ignoré. Pasamos las siguientes horas paseando por el festival, bromeando.

Su rostro se ponía de color rosa cuando reía demasiado, debo admitir que verla contenta me provocaba mucha paz, y es difícil sentirse así en las tierras oscuras. Pronto el lugar se llenó y muchos de los estudiantes se acercaron a mí para pedirme que firmara sus libros de hechicería. Ella se limitó a observar y hacer bromas, hasta que ambas sentimos el agobio de la multitud, así que salimos a dar una vuelta. Hacia el este del abandonado pueblo pesquero vimos un altar con la estatua de un dragón. Me preguntó si quería ir, le dije que sí y nos acercamos.

El altar estaba cubierto por muchísimas flores de jazmín. Era extraño ver algo tan bonito en los bosques encantados, ya que están malditos, pero ahí estaban esos pétalos blancos con un aroma a nostalgia.

Así que agarré una y la guardé en el bolsillo de mi túnica. Hablamos por un rato e intenté tocar su mano. Acerqué mis dedos, pero no sé si ella lo sintió. Tampoco

sé por qué lo hice; supongo que hay cosas que simplemente ocurren, impulsos que ni yo, con todo mi estudio y experiencia, puedo controlar.

Me llaman la Bruja de Invierno porque, valga la redundancia, soy bastante fría, además de que mi piel es pálida y mi cabello es casi albino. No tener una familia me ha desconectado del afecto, y además, ella no es humana. Su ascendencia de fuego desató un conflicto en mi mente. Por si fuera poco, ambas tenemos un papel crucial en la gran conspiración. ¿Debería arriesgarme o sucumbir al miedo? ¿Cómo es posible que yo, que me he enfrentado a los soldados más virtuosos de la Primera Orden, ángeles y arcángeles, pueda temer a enamorarme?

Me sentí estúpida. Odio estos sentimientos patéticos con los que fui condenada por el simple hecho de haber nacido humana.

Salimos de ahí, y por el camino discutimos sobre el futuro de la academia después de la muerte del Gran Mago. Me dijo que, posiblemente, quedará en mis manos. Esto no me sorprendió; me siento bastante preparada, pero sé que podría morir en algún encargo antes de que llegue ese día, por lo que no me emociono. También me contó que aspiraba a ser la espada de su papá y su ambición me conmovió.

Antes de volver al festival, me dijo que estaba agotada. Ella es la directora del instituto desde que el empíreo envejeció y se esfuerza muchísimo por cumplir con los designios de las Fuerzas del Mal, día tras día. Eso es algo que admiro profundamente. La acompañé hasta su dormitorio, al final del pasillo del segundo piso y otra vez me abrazó. Por otro impulso, la besé. Agarré su cintura con fuerza, cerré mis ojos y sentí el fuego en mi pecho. No quería soltarla. Besé toda su cara y desahogué un anhelo que, al parecer, dormía en mí desde hace mucho tiempo. Me dijo que ya se tenía que ir y, antes de que se marchara, le regalé el jazmín.

Cuando sostuvo la flor, me miró a los ojos fijamente y sentí la magia de la hueste del dragón dominándome. Abrió la puerta de su cuarto, me agarró de la mano, y nos tiramos en su cama. Nos besamos intensamente, nuestras lenguas se entrelazaron, yo besé su cuello, luego sus pechos, y ella me agarró del pelo con fuerza. Le bajé la falda y la toqué entre las piernas, estaba muy mojada, la saboreé y la besé con más fuerza. Ella colocó su mano bajo mi ropa interior y metió sus dedos en mí.

Gritaba mi nombre y yo gemía en su oído, lo cual me excitó muchísimo. Le quité toda la ropa, en su cara podía ver que también había estado esperando este momento, así que fui cuidadosa y lo hice con mucho respeto. Besé sus piernas, besé su sexo. Ella gritó mi nombre, e hicimos el amor hasta quedarnos dormidas.

Luego de esta noche, no supe de ella por tres días y cuando la volví a ver por los pasillos sus ojos brillaban como hogueras. Una semana más tarde Samara fue coronada como la princesa de los draconianos y la espada de El Depravado ante toda la academia en la Primera Capilla de la Sangre y también frente a toda la armada dragontina en el mismísimo infierno, en dónde pasó otra semana, en la cual tampoco me habló.

Posterior a esto, se nos informó que su progenitor volvería en aproximadamente unos trescientos días y el mensaje llegó hasta los arcontes y ángeles caídos quienes festejaron hasta el final del año. También se le dio la potestad sobre un súbdito que nacería en las fechas cercanas a la guerra, un soldado dragón que sería su segunda mano y quien portará la destrucción para dirigir a las hordas. Ahora, con todas estas responsabilidades, nuestro romance quedó en lo incierto y solo puedo seguir con mi trabajo para distraer mi inquietud. Estoy confundida. Ese momento se repite en mi cabeza, una y otra vez, pero creo que ella no le dio demasiada importancia, y temo que quede en el olvido. De todos modos, esta es la belleza de los instantes, efímeros, en este mundo maldito.

Aunque la sombra de la desesperación se cierne cada vez más sobre nosotros, espero volver a coincidir con la hija del dragón, sentir de nuevo su calor, y si eso no pasa, creo que igual atesoraré esa primera y última noche en el fondo de mi frágil corazón humano. Quisiera que fueras eterna, que nunca te vayas. Quisiera que este mundo no estuviese tan podrido, para así poder caminar contigo de la mano hasta envejecer, bajo el rocío del amanecer.

Quisiera que sepas lo mucho que te quiero,
antes de que la guerra nos separe, yo te anhelo y te extraño...
Quisiera escucharte decir lo mismo en todos los lenguajes que hablas, y aun así, si eso no pasa, si el olvido nos separa,
te atesoro en lo más oscuro de mi corazón.

La forma de la comedia

DIARIO DE ALICIA, LA MENTIROSA

A medianoche, Dante y yo nos escabullimos por los corredores de la academia. La noche lo envolvía todo y la luz de la luna, que se filtraba a través de las grandes ventanas, nos guiaba hacia nuestro destino: la biblioteca. Sabíamos que albergaba secretos, pero más allá de los libros y pergaminos, corrían rumores sobre cosas que habitaban en sus profundidades. Mi corazón latía con fuerza, no de miedo, sino de emoción.

Caminamos entre las enormes estanterías, cuya altura parecía desafiar los límites de la realidad misma. Sentía una mezcla de respeto y ansias de descubrir. Miré a Dante, él me miró a mí y nos besamos. Primero con timidez, luego con urgencia.

Nos empujamos, reímos, nos besamos otra vez, dejando que la adrenalina y el deseo nos nublaran por un instante. Fue entonces cuando lo vimos. En el fondo, entre las sombras, una figura encorvada estaba sentada frente a una mesa de madera, leyendo un antiguo libro. Un anciano de aspecto frágil, delgado, vestido con un saco marrón y pantalones oscuros que se fundían con la penumbra.

Lo único que lo iluminaba era una vela blanca, cuya luz titilante hacía que su presencia pareciera aún más irreal. Dante y yo intercambiamos una mirada cargada de asombro. Cuando nuestros latidos se normalizaron, nos acercamos. No sentía miedo, sino una reverencia indescriptible. Ese anciano no era un simple mortal. Lo presentía, lo sabía.

Algo en él irradiaba una energía que trascendía lo humano, una presencia antigua y profundamente ligada a la esencia misma del castillo. No cruzamos palabras, pero la atmósfera estaba impregnada de una comprensión silenciosa.

Sabía que él nos veía, aunque no levantara la mirada. Sentí el peso de su presencia sobre mí, tan intenso que, casi sin pensarlo, incliné suavemente la cabeza.

Dante hizo lo mismo. Sentíamos fascinación, pura y absoluta. El anciano cerró su libro en un gesto pausado, luego se levantó y caminó hacia una de las estanterías.

Con movimientos precisos, sacó dos manuscritos y los dejó sobre la mesa. Nos miró, o al menos lo sentí así, y entendí su mensaje. Debíamos leerlos. Con manos temblorosas, tomé el libro y retrocedí junto a Dante. En ese instante, el terror se filtró en mí como un veneno lento. Comprendí la inmensidad de lo que acabábamos de presenciar. Algo ancestral y desconocido nos había puesto a prueba.

Entonces, miré hacia atrás. Y la vi. Una cabra. No sé por qué me aterró tanto. Tal vez fue su mirada, vacía y profunda, como si entendiera más de lo que podría comprender un animal de establo. El eco de una risa que resonó en toda la academia, una carcajada que no pertenecía a ningún ser humano.

Dante y yo salimos corriendo, sintiendo la risa persiguiéndonos en cada rincón oscuro, en cada pasillo interminable. Cuando por fin llegamos a nuestros cuartos, jadeando y temblando, miramos los libros que habíamos tomado. Pero no entendíamos nada. Estaban escritos en un lenguaje que nunca había visto. Pronto, los eruditos los confiscaron y los devolvieron a la biblioteca, prohibiendo su lectura a cualquier estudiante novato.

Mi amor inmortal

DIARIO DE EROS, EL PRETENDIENTE

En la oscuridad del bosque, no muy lejos de la academia, todos los alumnos de décimo tercer y décimo cuarto año de la Casa de la Sangre estaban celebrando el fin de curso, pero en mi mente, solo estábamos ella y yo. Fue bastante inesperado, porque no fui allí buscando nada más que distraerme con el olor a alcohol. Sin embargo, mi pretendida se acercó y me dijo tantas cosas, habían pasado años desde la última vez que me sentí así. Siempre fue solo un amor platónico y me contentaba con mirarla de lejos.

Al principio, no le creí cuando me dijo que yo le gustaba. Solo le respondí que yo también, y cuando nos besamos, caí rendido a sus pies. Me cuesta explicar todo lo que me hicieron sentir sus labios suaves, dulces. Nos miramos a los ojos por unos segundos, aunque esos segundos parecieron años. Me dijo que no podíamos estar juntos, pero no le hice mucho caso; lo único que me importaba era ese momento. Cuando ella se dio cuenta de esto, se enojó; sentí una peculiar rabia por mi desobediencia y se fue, creo que a bailar. Intenté hablarle, pero parecía que el gusto por mí se le había pasado.

Le escribí varias cartas hasta que, un día, me respondió y comenzamos a intercambiar afecto. La ilusión me consumía el corazón. El solo pensar en nosotros juntos aceleraba mis latidos, pero hice todo lo posible por mantener la compostura. Días después nos encontramos por las aulas. La vi diferente: antes la sentía tan lejana, y ahora estaba allí, tan genuina, riéndose, vestida de negro.

Se acercó a mí, sonriendo, y me susurró:

—Búscame, de madrugada, en el bosque profundo.

Así que allá fui, nervioso y sosteniendo la linterna con las manos temblorosas. Nunca había sentido la oscuridad de los bosques encantados hasta esa noche, de hecho, los guardias abominables en los campamentos se burlaban de mí.

Cuando llegué, encontré a tres Noctómanos; dos parecían estar haciendo rituales comunes, posiblemente tareas de sus casas, y el último estaba durmiendo. Les pregunté si habían visto a una chica de pelo castaño y me dijeron que fuera al sur.

Crucé los últimos árboles y comenzó a llover; las gotas tenían olor a hierro. Miré frente a mí y vi una capilla con marcas de sangre. Al lado de ella, en un lago de color rojo, se encontraba la estatua de una mujer llorando, también ensangrentada.

Mientras me acercaba, una canción disonante, casi irritante, se escuchaba desde muy lejos, y sentí un cosquilleo recorrer todo mi cuerpo, el cual me causó un dolor horrible.

En ese momento entendí que esa era una capilla para Babalón, la diosa regente de su casa, y comprendí todo: debía correr. Antes de que pudiera reaccionar, sentí un golpe en la nuca y, cuando recuperé la consciencia, estaba rodeado de los compañeros con los que me encontré en el bosque.

Me habían encontrado herido, con varias puñaladas en las costillas y mordidas en el cuello. No volví a verla. ¿Qué había pasado? Las enfermeras dijeron que intentaron arrancarme el corazón, que mejor no mencionara lo ocurrido, y ahora… la extraño cada vez que veo sangre. Me puse una maldición encima el día en que decidí amarte, y la sufro cada vez que recuerdo tu rostro.

La doncella de sangre

DIARIO DE MORGANA, LA BRUJA DE INVIERNO III

Durante los meses en los que la Primera Orden descubrió la gran conspiración se me ordenó asistir a varias clases en la Segunda Capilla de la Sangre. En verdad, la magia de sangre me parece la más obscena de todas. Hay magos que pierden la cabeza en los mundos de carne, o se obsesionan con ellos, como esa extraña alumna en el cuarto de tortura. Yo estoy bastante insensibilizada, y me pagan bien, así que no me importa aprender el arte de los hematófagos.

En las clases suele estar presente Samara, ya que es muy poderosa y ayuda bastante cuando se trata de contener a las violentas formas de la Diosa Roja. Casi siempre son solo pequeños pedazos de carne con garras y dientes, capaces de atacar con hechizos menores, pero de vez en cuando, su desgracia se manifiesta en formas titánicas y deformes, con miles de ojos que luego se convierten en cuerpos desnudos para después mutar en enormes figuras de mujeres y así, de manera absurda. De todas formas, hacía lo posible por no distraerme y seguir entrenando.

Casi todas las clases se basaban en eso, en matar esbirros de carne, pero hubo una en la que se unieron dos invitadas de honor. Sus nombres eran Azazel y Asmodeo, dos ángeles caídos y portadores de runas. Azazel parecía una sombra. Siempre silbaba una tonada, a un volumen casi imperceptible. La llamaban ***''La Parca'',*** vestía una armadura negra y su rostro permanecía oculto. Asmodeo, en cambio, era una mujer coqueta, rubia, que parecía hermosa, pero llevaba una máscara de huesos, por lo que no podía confirmar su belleza.

La parca me miró con desprecio, pero yo la miré con admiración, puesto que el ángel de la muerte siempre ha sido el demonio a quien más he respetado. En cambio, la ramera intentó entablar conversación varias veces, gimiendo su canción, pero la ignoré, pues su magia de seducción es engañosa. Cuando Samara llegó, nos colocamos en círculo frente al altar, nos arrodillamos y recitamos un hechizo:

"In'gha Gen'th'beth Uh'enyth In'gha
Ne'ghftyar Gofthak"

Repetimos estas palabras varias veces, como un mantra, y me sentí adormecida, elevada, flotando. Las paredes comenzaron a transformarse, como si se volvieran una grotesca pintura de óleo. Cuando salí de la confusión, me encontré en una

enorme cámara, parecida a una cueva, de cientos de metros de alto, pero hecha de carne y vísceras, que formaban pequeñas extremidades y mutaban constantemente.

Estaba en el piso y a unos metros de mí se encontraban los dos súcubos y la Hija del Dragón, contemplando el paisaje, hablando en el lenguaje primordial sobre chismes de guerra. Al percatarse de mi presencia, las tres me miraron directo a los ojos. Me sorprendí, ya que nunca las había visto a Samara tan liberada, mostrando sus verdaderas intenciones, despojada de la máscara social que usaba cuando estaba en el mundo mortal. Me levanté rápidamente y frente a nosotras se extendió un vasto paisaje violeta oscuro, como un hematoma, y escuché el sonido de la carne retorciéndose. Esta escena me revolvió el estómago.

Emprendimos viaje hacia el norte y luego de tres horas nos detuvimos por orden de Samara. De repente, se encendieron frente a nosotras dos ojos rojos a cientos de metros de altura, como si fueran dos enormes astros.

Los colores púrpuras del cielo, si es que así podía llamarse, tomaron la forma de un rostro. Babalón se hizo presente. Nos arrodillamos y ella solo se limitó a reír. Poco a poco, los pensamientos inundaron mi mente, como si esa risa fuera en realidad un vasto y complejo conjunto de información que yo, una simple mortal, no podía comprender completamente. Recibí órdenes exactas sobre mi rol en la última marcha.

Cientos de imágenes pasaron por mi mente: hogueras con olor a carne quemada, gritos de placer y exaltación y arriba de todo esto, sobre una gran muralla hecha de acero oscuro, ví un yelmo con tres cuernos y a su lado, dos ojos color fuego. La tierra iba a ser ocupada. No me podía mover, mis ojos ardían, mientras que Samara y los súcubos reían a carcajadas, apretándose el estómago, como si se tratase de una broma. Escuché unas campanas pequeñas pasar detrás de mis oídos, percibí un olor familiar y volví a mí misma.

Cuando me enfoqué, la titánica figura color morado se empezó a degenerar, toda su estructura se derrumbó en miles de cuerpos pequeños llenos de pus color rosa.

Traté de cruzar miradas con Samara, pero ella seguía riendo, hablando en ese ancestral idioma, y no me dirigió la palabra a mí. Yo estaba temblando. Creo que hasta para mí esto era muy bizarro, un sueño de fiebre.

Empecé a tener un ataque de pánico, por lo que la parca, otra vez, me miró con pena y asco y Samara dio la orden de volver a caminar lejos de la enorme pila de cadáveres. Cuando estuvimos lo suficientemente lejos, cada una de nosotras tomó

su arma y se quitó la vida. En ese mismo instante me desperté en medio de la capilla y grité con todas mis fuerzas.

Samara largó una risa, se despidió y salió de ahí, dejándome tirada en el piso, tratando de digerir todo lo que había pasado. Pronto me recompuse, me limpié la ropa y emprendí mi viaje de vuelta a la academia. ¿Por qué actuaba así? Esto me causó tanta angustia, antes reíamos y disfrutábamos de nuestra compañía. Igual, mis sentimientos quedaron opacados por sus responsabilidades y las mías. Este era el momento menos oportuno para pensar en el afecto y sabía que ella quería que me desempeñe de la mejor manera en la batalla que nos espera.

Tan pronto volví a la academia empecé a ordenar todos los documentos y libros que ví. También elegí y organicé las formaciones de magos y sus roles en la invasión. Asigné a los Noctómanos las tierras que debían ocupar.

Aquellos que originalmente estudiaban en la Casa de la Sangre se sintieron entusiasmados, así que a ellos les otorgué la tarea adicional de auspiciar degeneraciones en esas tierras. Tal vez esto desensibilizaría a la población antes de su inminente extinción.

No pude dormir por semanas. Tuve pesadillas constantes sobre una mujer rubia, a quien ya había visto en sueños, pero esta vez llorando en un templo lúgubre de color gris, con sangre salpicando sus antiguos pilares. Cada vez que la veía tenía ganas de abrazarla, pero cuando lo intentaba mi piel se terminaba pudriendo, para luego despertar.

El dolor cala en mi sien, pero debo seguir con mi deber. Babalón, la mujerzuela escarlata, la puta de las Fuerzas del Mal, me había contaminado con su secreto. Sinceramente yo no quería saberlo, yo solo quiero dormir en paz, lejos de esa desgraciada y enferma zorra carmesí.

Alabado sea el sol

MEMORIAS DEL CABALLERO KRISTIAN VIII, HIJO DEL SOL

Anoche tuve un hermoso sueño. Vi a un bebé durmiendo en una cuna de oro. Estaba acostado sobre algodón blanco, casi transparente, y tapado por un velo de seda. De fondo, escuché el llanto, suave, melancólico y con pocas fuerzas, de una mujer.

Pronto se me acercaron los ángeles y me dijeron que teníamos que atender asuntos celestiales con urgencia:

—¡Hijo del Sol! La poca luz que ilumina a estas tierras está siendo apagada, vos sos el único que nos puede escuchar, por qué tú corazón está lleno de virtud. Debes alejar al mal, a toda costa, de tu templo.

Desperté por el sonido de los arañazos de un gato negro en la ventana de mi habitación, pero no olvidé mi visión. Desde esa noche, me mantengo firme ante mi juramento y mi iglesia. Es mi responsabilidad más grande la de purificar el sur de estas tierras contaminadas por la ambición desmedida de los falsos dioses.

Yo vi, con mis propios ojos, el horror de las Fuerzas del Mal y siento que debo curar la gran herida que se abre en las tierras del sur. No viví la era dorada, aquella en dónde aún no existían brujas ni abominaciones, y que ahora solo existe en los libros sagrados, en donde la humanidad parecía estar caminando por un sendero seguro.

Yo crecí entre la preocupación constante de la Primera Orden por la paz, la cual según tengo entendido ya estaba perdida para cuando nací, pero ahora que los ángeles me dieron los designios de Dios, siento el deber de demostrar que no es así, que aún hay esperanza. Incluso después de que una de mis familias haya sido masacrada por los esbirros de las sombras.

Fui nombrado "Último Hijo del Sol", como último bastión de esta fe. El papa, los obispos y los cardenales ya están envejeciendo y tienen la teoría de que todo ya está escrito.

No entienden cómo, a pesar de nuestros esfuerzos por predicar el amor, ofrecer comida y hogar a tantas familias perdidas en las penumbras, aún existan quienes se desvíen del camino que les ofrecemos.

Y sé que, en el fondo, tampoco creen que siquiera haya tenido sueño alguno. Además, todos los intentos de destruir la moral de los caballeros, de parte de las Fuerzas del Mal, tuvieron éxito, dejando que la leyenda de dos mujeres asesinas capaces de invocar magia ancestral corriese por el templo, destruyendo la seguridad de los seguidores de la luz. De igual manera, no me canso de repetirles que basta un solo hombre para cambiar la historia.

Por eso entreno, estudio y rezo cada noche antes de dormir. Porque sé que, con esfuerzo y determinación, puedo ser yo el salvador o al menos puedo ser una inspiración para que todo joven soldado que ingrese a la Primera Orden quiera intentar salvar este mundo corrupto y así, quizás, finalmente pueda ser purificado.

Solo se necesita un vestigio de esperanza. Uno que quite a nuestra madre de su desesperación y así pueda salvarnos a todos.

"Madre de cristal ¿Por qué lloras así?
Si vos sos la respuesta..."

La calamidad

MEMORIAS DE NIMROD, EL PUEBLERINO

La noche en que decidí salir del pueblo era fría. Los vidrios de las casas estaban empañados y no había nadie en las calles. Salí de mi choza y me subí al caballo para rodear el bosque, hacia el suroeste. A medida que me alejaba de mi hogar, sentía que me distanciaba cada vez más del calor humano. Tenía la sensación de que estaba a punto de embarcarme en una aventura de la que no regresaría, pero mi desesperación superaba mi miedo. Los chamanes de las tierras del oeste contaban la historia de un fuerte en los bosques del sur, donde se manifestaban ángeles, demonios y dioses.

Sin embargo, lo que realmente me atraía a ese lugar era la leyenda de un hechizo capaz de traer a los muertos del más allá. Necesitaba recuperarla... la niña de mis ojos... el amor por ella me llevó a tomar medidas desesperadas.

Seguí cabalgando y, al alejarme más de mi pueblo, me di cuenta de que ya no podía rodear la arboleda, así que pausé, bajé del caballo e improvisé una hoguera. Cociné un poco de carne que había traído en mi bolso; el olor era fantástico, carne de oveja. Mientras se doraba en el fuego, escuché unos pasos y lo vi todo negro.

Cuando recobré la consciencia, se veía borroso y estaba tirado en el suelo. Una silueta devoraba mi cena y mi caballo, había destruido mi hoguera y todo estaba oscuro. Solo podía identificar una figura de dos metros de altura, gruñendo y engullendo carne de manera compulsiva. Yo estaba conmocionado y mi primera reacción fue correr con todas mis fuerzas. Por suerte, esa cosa no me escuchó.

A pesar de que estaba gritando y llorando por la horrible sorpresa, no me siguió. Corrí lejos. ¿Qué iba a hacer? Ese bosque realmente estaba maldito. Escuché algo respirando fuertemente, ese jadeo se acercaba a mí; debía ser el asesino. Seguí corriendo y vi que la vegetación se hacía menos frondosa, así que me dirigí en esa dirección y salí a un área llena de piedras, era la ladera de una montaña.

Me escondí detrás de una gran formación de rocas… por minutos… por horas… hasta que sentí que había perdido a mi cazador. Salí de mi escondite y caminé con cautela. La luna iluminaba el paisaje y en el horizonte distinguí una silueta, así que me dirigí hacia ella, pegado a las paredes. En el camino vi pozos y un sendero comenzó a dibujarse.

De alguna manera, la foresta parecía reaparecer, como si los arbustos me guiaran a mi destino y, finalmente, pude ver el alcázar. Este se veía hermoso, totalmente diferente a lo que describían los temerosos. Tenía un aura de tranquilidad, no olía a podredumbre ni se escuchaban gritos, así que me acerqué con calma.

Vi a personas vestidas con túnicas elegantes entrar y salir del recinto. Parecían estudiantes, así que supuse que en la residencia había un liceo. Me escabullí con cuidado para que nadie me viera, pero fue inútil, porque ya me habían avistado. Dos grandes caballeros, con manos peludas y uñas semejantes a las de los lobos, me sujetaron violentamente por las piernas y el pecho. En ese instante comprendí que estas criaturas eran de la misma calaña que la bestia que me había perseguido.

Sin decir nada, me arrojaron a una celda en un piso inferior. Allí recé por mi vida. Estaba consternado. No había comido ni dormido y el cielo afuera seguía oscuro, como si la noche en estas tierras no tuviera fin. En la celda de al lado había un hombre flaco y golpeado. Le pregunté dónde estábamos, pero no respondió, simplemente rompió a llorar. Mi desesperación creció. ¿Terminaría yo igual que él? No podía permitirlo. Tenía que traer a mi pequeña del más allá, abrazarla de nuevo; esa era mi única razón para vivir. Le hablé otra vez, diciéndole que podía sacarnos de aquel lugar, pero él seguía llorando palabras extrañas.

Intrigado y frustrado, le pregunté:

—¿Qué significa eso?

El hombre guardó silencio por unos segundos, hasta que se levantó, se acercó a los barrotes y comenzó a gritar con una intensidad desgarradora. Me tapé los oídos, su voz sonaba rota, como si no fuera la primera vez que emitía aquel sonido estridente.

Tras varios minutos, se calmó y me miró con ojos perdidos antes de susurrar:

"Elwu'nafh'nah Ah Nog"

Su grito atrajo a dos guardias, que bajaron rápidamente por la escalera. Fingí estar dormido, pero ellos me patearon para levantarme. A punta de hachas y espadas, nos empujaron a mí y al hombre perturbado hacia los interiores del fuerte.

Mientras caminábamos, noté que nadie nos prestaba atención. Los individuos que se cruzaban en nuestro camino llevaban libros y túnicas, ahí pude confirmar que este lugar debía ser algún tipo de academia. Subimos por una escalera de piedra que nos condujo a una iglesia. El interior era solemne y macabro a la vez.

El altar era de mármol y los candelabros de plata sostenían velas de un violeta profundo. Los bancos de madera estaban ocupados por figuras vestidas de negro,

con los rostros ocultos bajo capuchas. En el centro del templo, un anciano yacía sobre un lecho de madera, cubierto por un sudario blanco. Alrededor de él, un círculo de figuras con túnicas murmuraba en un idioma antiguo.

El anciano parecía estar al borde de la muerte, pero su rostro mostraba una inquietante serenidad. Los murmullos alrededor se hicieron cada vez más fuertes… más intensos… hasta que la luz abandonó los ojos del hombre. Entonces, los maestros de ceremonia tomaron su cuerpo y lo colocaron sobre una pira, que encendieron y las llamas consumieron al anciano con lentitud. A mi lado, el hombre perturbado temblaba, susurrando incoherencias mientras mantenía los ojos fijos en las brasas. En su mirada había una mezcla de terror y fascinación.

La idea de escapar había estado rondando mi mente desde que me atraparon, pero sabía que necesitaba una distracción y ese demente era la chispa perfecta. Me incliné hacia él y susurré con cuidado:

—Mira lo que están haciendo. Están a punto de sacrificarnos…

El hombre, aterrorizado por mis palabras, se lanzó al frenesí, gritando:

—¡Lw'nafh'nah! ¡Lw'nafh'nah!

Corrió hacia la pira donde ardía el cuerpo del anciano y, con una fuerza que no parecía suya, la volcó. Las llamas se extendieron por la sala, avivadas por la confusión. Algunos de los presentes se contagiaron de su frenesí, gritando y rasgándose la piel, mientras se quemaban vivos. Otros, reconociendo el peligro, comenzaron a correr hacia la salida, ondeando sus túnicas. Esta era mi oportunidad.

Sin saber exactamente hacia dónde iba, corrí, entré por la primera puerta que vi y me encontré con una biblioteca. Allí, los eruditos estaban juntando libros y reliquias para huir. Busqué desesperadamente algo que tuviera que ver con el hechizo, pero no había nada, así que me escondí.

Uno de los encapuchados, del cual solo pude identificar el cabello de color blanco que se escapaba de las telas que tapaban su cara y unos ojos celestes como el hielo, se acercó silenciosamente al captar mi presencia, con una expresión fría.

Pensé que este iba a ser mi desenlace, pero me tomó la mano y me miró a los ojos:

—No vas a encontrar el hechizo que buscas acá, pero este otro puede que te ayude a traer a tu hija de vuelta. Es tu única opción.

¿Cómo sabía sobre mi hija? No había tiempo para dudas, así que tomé el pergamino, sintiendo el peso de la desesperación… no tenía otra opción… debía intentarlo… debía traerla de vuelta. Recité el mantra en el silencio de la biblioteca y de pronto el aire se puso tenso.

Esperé una señal… algo que me mostrara que todo el esfuerzo que había hecho hasta acá valía la pena… pensé que mi hija volvería del mundo de los muertos… pero en lugar de eso, un estruendo rompió el silencio y gritos desgarradores llenaron los pasillos.

Algo muy vil, una presencia recién nacida, se estaba manifestando.

Salí corriendo de la biblioteca y al mirar por una ventana que daba al jardín, vi lo que estaba pasando: figuras monstruosas devoraban a los fanáticos y otras peleaban con los caballeros, echándoles una especie de sustancia negra que consumía sus armaduras.

¿Qué eran esas cosas? Tenían formas innombrables, sus ojos brillaban de colores fuertes y cambiaban en posiciones bizarras. El erudito me había engañado y había escapado con los demás. En medio de la confusión busqué una salida y en uno de los pasillos de la torre vi una ventana. Me lancé por ella. Caí sobre los árboles alrededor de la torre, luego al suelo, y corrí una vez más, con las pocas energías que me quedaban, hasta quedar inconsciente.

Al despertar, vi en el horizonte el instituto, con humo saliendo de él y gritos, muchos gritos, viniendo de ahí. Había provocado una calamidad… todo por intentar traerla de vuelta.

A todos los habitantes del oeste se les enseñó que esas tierras nunca debían ser visitadas, bajo ninguna circunstancia.

ברוכה הבאה לכיתה ב'
שלום רב
שי ושלום לכל
ברוכה הבאה לכיתה ב'
שלומית ושלומי
שירה ושירי
ואלה ואלה
ויגל ודגל
ורננה ורנן
ברוכה הבאה!
שלום לכל ילדי כיתה ב'

Capítulo III: El Dragón

Las 100.000 miradas

MEMORIAS DE UN FANÁTICO DE LA IGLESIA DE LOS HORRORES

Desde las vísceras del abismo pude sentir la turbulencia entrar en mi mente, sus ojos temblaban, giraban en todas direcciones hasta que finalmente me miraron y se fijaron en mí. ¡Qué horrible sensación! Me sentí desnudo, despellejado, destripado, sentí como si hubiesen abusado de mí y de todas mis fragilidades.

¿Cómo podía ser que algo al otro lado de la existencia estuviese respirando en mi nuca? ¿Cómo podía una mirada, sin acción alguna, despertar tanta desesperación? Cerré los ojos con terror y esperé lo peor. Habían pasado días desde la última vez que comí.

Llegué hasta este monasterio de la locura a través de chismes y escritos mal cuidados, no pude dormir por días obsesionado con el mito de los horrores. Al llegar personas desnudas me secuestraron y ataron para después encerrarme en una celda sucia, con olor a orina. Ahí me dejaron abandonado hasta que, de sorpresa, tres vagabundos trajeron un pote lleno de agua sucia y vómito. Fue en ese momento cuando vi sus miles de brazos tratando de alcanzarme desde el fondo del caldero.

De sus manos salían bocas con dientes y de estas bocas salían lenguas, todos estos apéndices en constante cambio y transformación. Me impresionó tanto que quedé paralizado. Las garras se acercaron a mí y, un instante antes de tocarme, desapareció, dejándome con el corazón en la boca. Nunca antes había sentido tanto espanto.

Una marca apareció en mi frente: un pentagrama con tres ojos. Fui estigmatizado por la Iglesia de los Horrores y… poco a poco... pierdo la habilidad de... pensar... las palabras se desvanecen y sólo veo ojos... ojos... ojos... ojos... y desde la ciénaga me observan con las pupilas dilatadas... los ojos me sonríen.

¡Están felices de que yo esté aquí! ¡Jajaja! Cantando y bailando frenéticamente... regocijándome... esperando la gran lucha antiexistencial… esperando el retumbar causado por los golpes de los titanes que residen en el abismo olvidado por dios.

"Enwngluii Enwngluii Enilgh'ri Phe' Ya Now"

Me aferro a tu cariño gran porquería llena de ojos… ojos… ojos… ojos… ojos… Espero a que el virus de la tristeza y el dios deforme se desaten en furia sobre todos los ambiciosos dioses… Ojos… ojos… ojos… ojos… Llll c' li c' ymg' vul-gtmah. llll c' li c' llll n'gha bthnkor ot r'luhhor, c' l' bug shugnahh mgepyarog llll mgepah'mgehye bthnknahor ot r'luhhor…

Y juntos, viajamos más allá de lo que entienden los cuerdos, buscando tu deformidad, gritando y flagelando nuestros cuerpos en amor hacia ti y en el camino más empañados se nos unirán en este desenfrenado baile, pero pocos podrán entender pues yo solo hablo para los locos... ojos... ojos... ojos... ojos…

¿Adónde fue el dragón?

DIARIO DE BRUNO, EL JOVEN NOCTÓMANO

La entrada al norte del bosque profundo estaba totalmente prohibida. Creo que esa fue la razón por la que decidimos buscar la manera de ver qué había más allá. Pelear contra los hombres bestia no era una opción, ya que ninguno de los tres tenía la fuerza suficiente para enfrentarlos, así que buscamos otra forma. La encontramos en la magia de la noche y sus egregores. Nhiguel, Mathew y yo ya no éramos novatos. Pasamos madrugadas en vela, descifrando los secretos del bosque, conectándonos con él. Esta conexión nos otorgó una mayor capacidad para utilizar nuestra magia ahí.

Nos encerramos en un cuarto de la Tercera Capilla de la Sangre y recitamos los encantamientos que nos enseñó la Bruja de Invierno. Repetimos esas palabras en el lenguaje primordial como un mantra, unas veinte veces, mientras tomábamos un té de rosa de Sharón. Solo Nhiguel se quedó dormido, como siempre, y en su sueño invocó a un Noctámbulo.

Este ser no se comunicaba con palabras, era extraño. Algún tipo de telepatía tácita se había vuelto su medio de expresión. Le ordenamos que nos proyectara una imagen de las inmediaciones del norte, y entonces lo vimos: una enorme puerta de hierro, custodiada por dos gigantescas abominaciones, peludas y desfiguradas.

Más allá, observamos otra puerta aún más grande, hecha completamente de acero, iluminada por varias antorchas. Le pedí que avance hacía ahí. Estábamos emocionados, nuestra magia era realmente poderosa comparada a la de algunos de nuestros compañeros.

Sentí un cosquilleo en la nuca y, antes de que pudiera mencionarlo, Mathew dijo que sintió lo mismo en sus orejas, como un estímulo extraño. Al parecer, este lugar era una cueva. Un mal presentimiento se apoderó de mí, pero no era miedo ni aversión. Era otra cosa. Algo tiraba de mí hacia aquella zona prohibida.

Sin embargo, sabía que la academia no prohibiría una excursión sin una razón válida, como algo peor que la muerte. Aun así, decidimos entrar.

Las paredes de la cueva estaban heladas y resbaladizas, y nuestra respiración agitada resonaba en el espacio cerrado. Las piedras estaban cubiertas por una sustancia viscosa de un rojo enfermizo, que se arrastraba y burbujeaba. A medida que

nos adentrábamos más, un ruido extraño retumbó en las paredes de piedra, acompañado de tambores. No pudimos identificar el ritmo, solo sentimos un tirón hacia él.

El sonido se intensificó, atrapándonos en un trance y haciéndonos perder la noción del tiempo. Yo había escuchado leyendas sobre las percusiones del infierno y, al parecer, eso era lo que estábamos oyendo. Nos internamos más en la grieta, atravesando túneles cada vez más estrechos.

Las paredes parecían moverse al compás de los tambores, como si estuvieran vivas. Finalmente, llegamos a una enorme cámara, que tenía al menos veinte metros de alto. El escenario era surrealista.

La habitación estaba iluminada por una luz inexplicable que transformaba el color y la forma, creando siluetas en patrones imposibles. Mientras profundizamos más, el caos se impuso; las paredes, el suelo y el techo se transformaron en un torbellino de diseños abstractos.

Nuestras mentes se volvieron más desorganizadas a medida que pasaba el tiempo. Entramos en otro estado de consciencia, uno en el que lo sensorial, lo visual y lo auditivo se fusionaron en una experiencia abrumadora. De repente, la voz de Mathew se volvió clara, pero sonaba profundamente inquietante. Estaba hablando en un idioma extranjero que no entendíamos:

"YA THRODOGOG UH'ENYTH OT NILGIH'RI AH"

Sus palabras fueron como fragmentos de un sueño lleno de sabiduría antigua. Aunque eran imposibles de entender, se hicieron eco en nuestros pensamientos, resonando en lo más profundo de nuestras mentes. Comencé a ver patrones en el tumulto que nos rodeaba, formas y ciclos que parecían guiarnos. Los tambores se transformaron en un mantra, uno que cantamos y seguimos sin cuestionar.

Nos encontrábamos ahora en un reino nebuloso y etéreo, donde todo se desvanecía y volvía a aparecer en un ciclo interminable. A lo lejos, vislumbramos criaturas enormes, semejantes a serpientes gigantes adornadas con escamas que recordaban a piedras preciosas. Sus apariencias eran brutales, imponentes y estaban suspendidas en el vacío como si flotaran fuera de las leyes de la física.

De estas criaturas emanaba una autoridad insondable, una presencia que nos aplastaba con su sola existencia. Aunque sus miradas no se dirigían directamente hacia nosotros, sentíamos cómo penetraban nuestras almas, exponiendo nuestros secretos más oscuros.

En el corazón de este plano, vimos un agujero colosal rodeado por una vasta extensión de luces y colores en constante movimiento. La estructura parecía tan inmensa que llenaba cada centímetro del espacio que podíamos percibir.

Dentro de este abismo, algo descansaba. Podíamos escuchar su respiración, profunda, como el susurro de un ser que había dormido durante miles de años y estaba a punto de despertar, nos hipnotizaba... hasta que recibí un golpe en mi cabeza.

Era la chica del cuarto de tortura, la loca, que nos había encontrado en pleno ritual. La vi en la esquina de la habitación, su rostro pálido y su mirada carmesí fija en nosotros, como si nos hubiera estado observando desde el principio. Amenazó con contárselo todo a nuestra mentora a menos que le pagáramos una cantidad ridícula de oro. Pero, en medio de la discusión, vimos el cuerpo de Nhiguel convulsionar: estaba viendo más de lo que debía. Nyla le derramó agua muy caliente en la pierna izquierda, pero esto solo hizo que la tela de sus pantalones se quemara en su piel, por lo que tuvimos que llevarlo a la enfermería.

Samara nos castigó a todos, incluida Nyla, y nos prohibió el uso de la magia hasta la noche en que íbamos a abandonar la capilla. De cualquier manera, ya había visto esa cosa, y en algún momento sé que va a levantarse, para devorarnos a todos.

Solsticio de invierno

DIARIO DE MORGANA, LA BRUJA DE INVIERNO IV

Al conocer la verdad, encriptada en el susurro de Babalón, la ansiedad por la guerra me invadió, y me volví paranoica con el mundo exterior, como un gato vagabundo, siempre alerta ante una amenaza invisible. Con cada día que pasaba, me volví más torpe y errática, como si viviera en un sueño lúcido del cual no podía despertar. Todo escaló hasta aquella fatídica noche de la calamidad.

Ahora esos seres corruptos andaban sueltos por los bosques de las tierras oscuras y era mi culpa. Quedé traumatizada, pero no lo suficiente como para dejar de ser funcional. Cuando la iglesia se incendió, los eruditos huimos a la Tercera Capilla de la Sangre. Este refugio, aunque parecido a un castillo, era más pequeño, como una vieja mansión.

Muchos de los estudiantes murieron esa noche, devorados por las aberraciones que emergieron del caos. Nyla fue una de las pocas sobrevivientes. Fue ella quien logró repeler a las criaturas que intentaron entrar al cuarto de tortura. Sobrevivió, y por ello la nombré mi armera. Le puse el apodo de "Colmillo Bebé" y le regalé una muñeca, que podía usar para manifestar su Noctámbulo. Ella es la única capaz de cuidar mi equipo sin caer en la locura, quizás porque ya está loca.

Era el fin del otoño y me costaba explicar cómo me sentía ahora que se acercaba la marcha. Algunos magos estaban ansiosos, encerrados en sus cuartos mientras estudiaban frenéticamente cada noche. En contraste, las abominaciones estaban emocionadas; entrenaban sin descanso, preparándose para enfrentar el fuego del pandemonio.

Por otro lado, Samara se mostraba cada vez más distante, como si su mente estuviera atrapada en la guerra. Yo, en cambio, me sentía estúpida. No podía creer que, después de tantos años aislada de las emociones humanas, a mis veintiocho años haya caído enamorada. Y peor aún, enamorada de un vástago del dragón con cientos de años más que yo.

Supuse que era por mi crianza en la Casa de las Lágrimas, pero últimamente lloraba mucho. A veces incluso me quedaba dormida así, con dolor en el rostro, y fue en una de esas noches cuando tuve mi última revelación. En ese doloroso sueño, caminé por un vasto campo cubierto de nieve.

Se parecía a los bosques encantados, pero todo estaba sumido en una tormenta blanca y el intenso viento hacía que mi camino fuese difícil de caminar. Mi varita comenzó a sangrar, dejando un rastro rojo tras de mí sobre el paisaje inmaculado. Seguí hacia el norte y, al final, vi a Samara.

La saludé, grité su nombre, pero ella no me escuchaba. Era como si yo no tuviera voz. Le dije que la quería, que la extrañaba, pero siguió ignorándome. Dándole la espalda, avancé, y frente a mí apareció el súcubo escarlata. Con una sonrisa cruel, me dijo que ese era mi destino, nunca correspondería a la Hija del Dragón. Sus palabras atravesaron mi alma.

Me volví a dar la vuelta y mi corazón se detuvo: vi a Samara montando a un draconiano, copulando de manera violenta y obscena. Gritaban, se lamían y escuché que mi amada le dijo una palabra a la bestia y esta retumbó en mis adentros: Te amo.

¿Por qué no me lo decía a mí?

Mis ojos se llenaron de lágrimas, pero mi tristeza no tenía conclusión. No tuve palabras, fue como si mi mundo se hubiese desmoronado. Solo sentí un dolor punzante en el pecho, como si un puñal invisible se hundiera en mi corazón.

Le imploré que me quitara el dolor, pero la zorra de sangre me respondió que esa era mi maldición, igual que la que ella llevaba en su corazón podrido. Mi devoción hacia ella nunca iba a ser suficiente, nuestro amor nunca iba a florecer; estaba destinada a seguir el camino del mal.

Los hijos de la luna

Había una vez, en un bosque lejano,
entre altas piedras, un reino arcano.
Ahí vivían los Ahnah Yogshugg,
criaturas curiosas,
con colas largas, y patas graciosas.

Ocultos entre niebla, entre árboles viejos,
sus ojos brillaban como pequeños espejos.
Un día Innana, la más curiosa del lugar,
vio algo brillar ¡Algo que había que encontrar!

"Hay algo acá," murmuró con emoción,
al remover hojas, con gran devoción.
Bajo una piedra, oculta y callada,
brillaba una joya de luz plateada.

"¡Oh, miren!" gritó con vigor,
"¡He encontrado un talismán, un antiguo fulgor!"
Sus amigos corrieron hacia ella, con sus ojos chispeando,
como dulces estrellas.

"¡Es mágica, brillante, un trozo de luna!"
Dijo Innana riendo, "¡es como ninguna!"
"Una reliquia tan vieja, tan llena de poder,"
"¡Debemos guardarla, no la pueden tener!"

Y así comenzó su gran travesía,
protegiendo la joya, de noche y de día.
Los Ahnah Yogshugg, pequeños y valientes,
lucharon por la luz, contra sombras penitentes.

En un mundo oscuro, con secretos profundos,
guardaron la luna, en todos los mundos.
Porque, aunque pequeños, con almas de oro,
los Ahnah Yogshugg, ¡Tienen un tesoro!

La fundamentalista

DIARIO DE NYLA, EL COLMILLO BEBÉ

Las estrellas me observaban mientras alzaba mi plegaria al vacío. Estaba en la playa, junto al ahora abandonado pueblo pesquero, admirando el vasto océano. En la arena, coloqué un espejo donde realicé la evocación. Alcé mis manos al cielo, cerré los ojos y recité los hechizos de la runa del cielo. Se me había dado la orden de comunicarme con uno de los ángeles caídos y aunque mi magia favorita era la basada en la sangre, acepté la tarea.

En el vidrio comenzaron a formarse figuras geométricas. En el centro de la bóveda nocturna, por momentos relucían dos gigantescos ojos, con un brillo intenso como estrellas. No era la noche lo que se desplegaba ante mí, sino la gran serpiente celestial.

Mis labios pronunciaron oraciones arcaicas, encomendadas a mí por mi nueva maestra, la Bruja de Invierno. El viento recogió mis palabras, llevándolas a través del aire hasta que resonaron en lo más profundo del espacio. Una extraña melodía atravesó el espejo que yacía en la arena. Aquella era una canción de Leviatán.

Me arrodillé, doblegada por el peso de la revelación que caía sobre mis hombros. El espejo comenzó a temblar y un potente resplandor emergió de él, conectándose con el cielo. Entonces, una voz, si es que podía llamarse así, habló:

—Tu llamado ha sido escuchado. Me propongo ser parte del gran ejército de las Fuerzas del Mal. Por ser la mensajera, una marca se grabará en tu carne. Esta es la runa del cielo; con ella, tu percepción será total.

El centro del espejo dejó de brillar y un símbolo ardió en mi frente. Habiendo revelado su misterio, las estrellas regresaron a su vigilia inmortal, como si nada hubiera perturbado su calma. Regresé al fuerte, donde mi maestra me esperaba. Me dijo que ahora poseía el don de la visión. Algún día, después de la guerra, tendría que arrancarme los ojos y entregarlos a Babalón, para que ella pudiera usarlos en la búsqueda y castigo de aquellos que desobedecieran al rey del nuevo mundo.

La marcha de los draconianos de fuego

MEMORIAS DEL GENERAL DE LA HORDA

¡PUAJ! ¡FAHF SHUGG AH MGVULGTNAH! ¡MIERDA! Ya no tengo paciencia; anhelo el instante en que la marcha comience y el frenesí se desate en toda su gloria. La saliva se derrama de mi boca al imaginar ese espectáculo. ¡TENGO SED DE VIOLENCIA! Durante años nos pudrimos en este puto abismo de condenación, aguardando el momento en que nuestras uñas puedan arrancar la repugnante piel de esos malditos mortales.

Aquí, entre una mezcla de hedores nauseabundos, el entusiasmo de los ejércitos se siente en el aire. Se murmura, en los círculos más elevados de las élites militares, que el momento de la batalla se aproxima. ¡Ya es hora de que todo este infierno estalle!

De invadir a los Hijos del Sol, de arrancarles los ojos de sus órbitas, de pulverizar sus cráneos bajo el peso brutal de nuestras grebas y mazos ¡ESA ES MI MÁS RETORCIDA FANTASÍA! ¡BLEGH! ¡AH! Recuerdo como si fuera ayer la vez que fui concebido, llamado con la sangre de trece humanos sacrificados, engendrado en este plano.

Nací desde la purulenta panza de una enorme arpía con cinco cabezas, sacerdotes decrépitos la cortaron y me sacaron de allí entre mucosidades y tejidos. Me crié en esta pocilga, fui entrenado desde antes de saber caminar en el arte de la guerra, torturado y humillado para que la llama del odio creciera dentro de mí.

Y así fue. Me convertí en el más despiadado de todos. Recuerdo la sangre de esos generales que intentaron comandar mi voluntad. Desgraciados esbirros que pensaban que podían controlarme. ¡Ja! ¡Ni siquiera fueron dignos de limpiar mis escamas, esos imbéciles! Los despedacé y disfruté cada instante.

¡Así fue como tomé el control de las tropas! Volviéndome legado de legión, aniquilando sin piedad a cada uno de mis superiores. ¡Fue así que recibí el honor de poder, el día de la devastación, portar el Mgehye, la destrucción, para seguir a la Hija del Dragón!

Todos los esclavos me siguieron, y les enseñé la herrería. Juntos aprendimos a forjar armas legendarias con el acero del averno: hachas, dagas y espadones destinadas a cazar la bondad y a todos los seres que se refugien bajo ella.

¡ESTOY ANSIOSO! Con cada segundo que paso en este pozo de miseria, mi desprecio por esos humanos de mierda crece. Sus vidas efímeras, sus miedos patéticos… ¡Son una burla a nuestra grandeza! Se arrastran como gusanos.

¡Oh, cómo deseo saciar mi sed con sus líquidos vitales! He fantaseado con ese día, el día en que mis garras abran sus carnes miserables y mis fauces consuman sus ciudades podridas. ¡GN'TH'BTHNK EPHAILI GN'TH!

El suelo se teñirá de su sangre inmunda y sus gritos ahogados serán la sinfonía que marcará los pasos en el desfile. Los océanos hervirán como el caldero de una bruja, y los huesos de esos miserables se pulverizarán bajo nuestras pisadas.

"¡PUAJ! C' FHALMA, C' GNAIIH,
C' YAOR YMG' C' LW'NAFH!
¡C' FHALMA, C' GNAIIH, LE YEMG'
C' MGEHYE'BTHNK! ¡BLEH!"

La mesa redonda

REVELACIONES DRAGONTINAS

De sus seis hermanos él fue el mayor y el más ambicioso, sus escamas eran del color del metal y sus ojos negros como la penumbra más oscura. Aunque fue criado con amor por los adultos de su nido, desde muy pequeño el olor de la carne quemándose en las ascuas ya lo volvía loco, lo cual hizo que se ganara el apodo de ***''El Depravado''***.

De cachorro, solía matar pequeños animales y los empalaba frente a la cueva en donde vivía, para marcar territorio. De sus seis hermanos, él siempre divergió por no tener compasión, pero esa era su naturaleza como dominador. Ninguno de sus parientes era perfecto, pero el perverso había cruzado umbrales que ellos ni siquiera contemplaban.

Todos eran hijos de las tierras legendarias y representaban los principios de esos lares. No eran dioses sino fuerzas de la naturaleza, libres de la responsabilidad de reinar sobre los habitantes de esos territorios, pero, de igual manera, símbolos de orden.

Todos menos el mayor, el cual quería desdicha sobre los habitantes. Este sentimiento alimentó a la semilla de la discordia, la cual creció en su enorme corazón día tras día. Así partió hacia el sur, a regiones desconocidas, sumidas en la oscuridad por eones; lugares que ya existían mucho antes de que el sol comenzara a brillar por primera vez.

Allí construyó un nido, desplazando kilómetros de jungla. Cuando los habitantes de esas tierras, hombres primitivos y toscos, lo vieron, se arrodillaron ante él, pues no podían darle batalla. Levantaron templos en su nombre, enormes estructuras de metal que él fundía con su poderoso aliento de fuego negro, con techos punzantes y enormes ventanales.

En estas escalofriantes capillas se celebraron grandes festivales en los que todo tipo de vulgaridades se hicieron presentes. Allí, copuló con las esposas de sus fieles, y cuando lo hacía sus ojos se tornaban carmesí como la sangre.

De estas atrocidades nacieron criaturas feroces que juraron lealtad a su padre. Estas se vistieron de acero y blandieron espadas hechas con las paredes de su iglesia, aprendieron el arte del fuego y la magia destructiva de esta.

Y los otros seis pilares, al enterarse de aquellos sacrilegios, sentenciaron:

"J LUHAR EPHA AHRI MGE NGHA"

No importaba adónde fuese, el juicio divino caería sobre él con toda su fuerza. Primero, como la asesina de dragones, blandiendo una espada dorada y vistiendo de blanco. Y luego, del amor más tierno de ella, nacería su hermano menor, el epítome de su especie. Él sería su muerte. Esta sería la condena del pilar de la dominación y lo llevaría a la más profunda desesperación.

Capítulo IV: El Castillo

La canción del castillo en el cielo

REVELACIONES DE SOPHIA

Me siento sola y triste. La melancolía se vuelve una enfermedad que se derrama constantemente de mis ojos. Todo ese odio allá afuera me duele tanto; es como si me clavaran un cuchillo directo en el pecho. Este pesar es más de lo que puedo soportar. Hace ya mucho tiempo, mi último vestigio de ternura se va volando a la luna y quedo sola con mi bebé.

Aunque sé que, muy lejos, alguien más llora como yo o canta como yo, me siento desamparada. Quiero estar donde la luz brilla con tonos áureos, esos mismos tonos que quedan pintados en mi cabello y en mi piel. Quiero volver a sentir el pasto de primavera bajo mis pies. ¡Qué distante queda todo eso! Los días bailando bajo el sol, mi ingenuidad.

Los colores se ven más intensos en aquel entonces, tanto así que permanecen pintados en mi querer, pero ahora todo eso está perdido en mis recuerdos. El brillo no llega a mi cuarto; nadie recorre los pasillos de mi inmenso hogar, solo yo, como un fantasma obsesionado con volver. Al nacer, mi progenie cae en un sueño eterno y, en su fantasía, crea dioses que sienten envidia y se lastiman, no solo en cuerpo, sino también en esencia; se marcan para siempre, cambiando su naturaleza, negando la bondad.

Yo no engendré el mal, pero este halló la forma de anidar en el ego de mi primogénito. ¿Qué tan ciegos estan que no pueden ver cómo se humillan a sí mismos? Estoy aislada, en un rincón de lo absoluto, junto a mi pequeño niño durmiente, mirando los astros nacer y morir, perdiendo mi fascinación en medio de nebulosas que desaparecen y me abandonan, en el infinito, despojada de mis ánimos.

Pero al final, cuando El Depravado intente asesinarme, voy a correr otra vez para terminar, ojalá, en un lugar mejor, en donde pueda volver a ser feliz.

¿Qué me quedaba sino el anhelo de lo que se perdió en el tiempo?

En lo profundo de mi ser aún titila una chispa de esperanza y, tal vez, si puedo hallar el lugar donde el resplandor dorado aún se niega a morir, puedo volver a sentir el pulso de la vida en mí. Si alguna vez él llega hasta mí, me fugo a mi pueblo y abandono esta mansión, para volver a conectar con mi inocencia, para desprenderme de mi majestuosidad, para volver a ser libre. Por ahora solo me tengo solo a mí y a mi canción…

"En'ghft nog

Ph'nglui ya vultmag

Ya wugah'nagl ah naior

Eng y' mgep nog 'fhalma"

Mi corazón roto

REVELACIONES DEL LAMENTO

Cómo duele no tener a quién amar, pero ¿qué más puedo hacer? Lloro hasta quedarme dormida, pisoteada por la soberbia y la apatía. ¿Soy yo la humillada, o tal vez mi otro yo? Ninguna de las lágrimas que corren por mis mejillas parece propia; son de mi luz, el llanto de la doncella que me precede.

Yo no surgí de la chispa primordial. Soy la no nacida, fui creada por el pesar de una madre, la madre de todos aquellos que podían pensar y respirar. Su dolor creció desproporcionadamente y, cuando ya no pudo soportarlo más, lo arrojó al vacío, llevándome con él. Allí es donde me formé, como la peste en un sumidero.

Me colé entre los susurros de los moribundos, en los lamentos de aquellos que habían olvidado la esperanza. Desde la distancia, veía a mi otro yo, entonando una triste melodía entre diamantes y torres.

Observé sus ojos, vacíos y perdidos en un dolor que no comprendía. ¿Era yo

quien causaba el sufrimiento de o fue ella quien me creó para soportar lo que no podía contener? Mientras contemplaba y sentía ese dolor, comprendí que ambas eramos dos partes de un mismo todo, pero que yo nunca podré sentir alegría ni tampoco podré cantar. Poco a poco, mi cuerpo comenzaba a emular el suyo.

Pasé de ser angustia a ser mujer, con cabellos rubios como los de ella y una figura hermosa. Pero, al contrario de la dulce voz de mi progenitora, mi voz es gruesa y podrida, como la de un hombre enfermo. Con mi apatía, tejí un vestido de color gris, y con mi ansiedad, confeccioné una corona de espinas que clavé en mi sien.

En sueños, veía a otros seres en mí misma condición marginal, dotados de una visión increíble y miles de extremidades. Eran criaturas horribles, pero, a diferencia de mí, estaban contentas, extasiadas de una manera retorcida. Felices como un gato que cazaba una paloma y la despedazaba, pues a ellas las adoraban en el mundo de los mortales.

Así que emprendí un viaje de desesperación, convirtiéndome en un tumulto errante, buscando a la Bestia, para bailar con ella, para besarla. ¡Yo también quería tener a quien amar! Aunque mi piel se desprendiese y mis ojos coagulasen. Del mismo

modo deseaba sentir la pasión, ya sea en batalla o en frenesí. Quería ser algo más que el martirio de una reina deprimida, quería sentir algo que no fuese este enorme pesar. En la punta del universo, lloré, y linajes a través del cosmos quedaron sepultados en mi purulenta vigilia.

Los órganos de aquellos que cruzaron mi camino se derritieron, sus lenguas se tornaron azules, y eso me rompió el corazón. Dolía no tener a quién amar, pero ahora ya estaba en camino hacia mi pretendida. En mi aventura, escribí una serenata para ella porque, aunque yo no pudiese cantar, tal vez ella sí, y así juntas podríamos dormir bajo el colapso.

"Y' ah en'ghft
Ph'nglui vultmag
Ye' nog wugah'nagl
I' ah'n'gha fhalma"

El cuerpo del horror

REVELACIONES DE LA BESTIA DE LAS 100.000 MIRADAS

Al fin, puedo sentir y oler. Después de tantos años exiliada en el vacío por mi fealdad, por mis miles de ojos, estoy viva en medio de la enorme oscuridad. Primero escucho voces y el tiempo parece desmoronarse a mi alrededor. Camino y la sombra se transforma en una amalgama de formas indistintas y murmullos distantes, como si el mundo se escribiera ante mis ojos.

Ante mí brilla un portal y puedo distinguir los gritos viniendo desde allí, de alguna manera, llamándome. Estan sucios, se ven enfermos; algunos ríen, otros bailan. Creo que ya los he visto en mis peores pesadillas y me hace gracia que no puedan verme. Así que me presento, y sus ojos brillan en reverencia.

Parece que han estado esperando por mí, y eso me da felicidad. Empiezo a llorar. Lloro por horas, hasta que de mis ojos brotan lágrimas de sangre. Y ellos se rien de mí. Lejos de sentir dolor por sus burlas, los acompaño, y reímos. Reímos tanto que caen al piso en desesperación, en locura, en deformidad, y vomitan pus negra.

Se atragantan en sus fluidos, haciendo asquerosos ruidos de arcadas. Me acerco a cada uno de ellos, desfigurados en el piso, y les hablo con el primer lenguaje que he escuchado antes de nacer, siendo un ser de piel y huesos:

"YA GOF'NN PH'NGLUI AH YEMEG"

Luego les escupo en la boca. Sus pechos se agrandan y sus músculos toman formas extrañas que reflejan mi monstruosidad. Allí incubo mi progenie, en forma de crisálidas hechas con mi propia bilis.

Ellos, parecidos a muertos vivientes, se levantan, con las piernas y los brazos rotos, y se apilan unos sobre otros. Yo los llamo "El panal", los próximos herederos del vacío, y ellos gritan con sonidos guturales y violentos.

Me dirijo hacia el bosque, para reunirme con mis hermanos esparcidos ahí, y todo lo que piso se convierte en brea y muere bajo los dedos de mis pies.

Una carta de disculpas

DIARIO DE MORGANA, LA BRUJA DE INVIERNO V

El día que la confronté, la vi cansada, pero aun así decidí reclamarle y vomitarle todos mis sentimientos. La responsabilidad la estaba consumiendo, a diferencia de mí, que disfruto de la soledad absoluta, ella se mantenía activa, haciendo cosas, emprendiendo expediciones, peleando y entrenando.

Pese a esto el dolor en mi pecho era mucho más grande que mi empatía, la realidad es que yo sentía la necesidad de preguntarle si me amaba o incluso, si alguna vez lo había hecho. Fue una noche, después de la última reunión en la Tercera Capilla de la Sangre, antes de emprender el viaje hacia el norte.

Habíamos repasado la estrategia y dejamos claro que los menos preparados probablemente iban a morir a causa del frenesí de los draconianos. Ahí la vi. Su postura era impoluta, firme, pero cuando nuestros ojos se cruzaron sentí fragilidad. En perspectiva, fui muy egoísta. Dejé que el trauma dictara mis movimientos, asumiendo que ella me iba a hacer daño.

Nunca fui capaz de preguntar y, de haberlo hecho, seguro no habría podido creerle. Posiblemente porque ni siquiera lo habría intentado.

Era terca, siempre fui así, y estaba segura de que esa parte de mi personalidad era una virtud, pero al parecer era todo lo opuesto. Cuando todos se retiraron a sus cuartos, me acerqué a ella y la agarré del brazo.

—Samara, necesito saber si me amas —le dije con una voz frágil y temblorosa.

Por primera vez, en años de verla fuerte y dura, la inquebrantable espada de fuego empezó a llorar y mi corazón se rompió. En ese momento me di cuenta de que estaba arruinándolo todo. Traté de abrazarla, pero ella no se sintió dispuesta.

Eso hizo que me desesperara y que mi mente se nublara con más culpa. ¿Qué podía hacer? Intenté hablarlo, pero mi intensidad solo empeoró las cosas, hasta que me respondió:

—Te amo, Morgana. Nunca estuve con alguien como lo hice contigo la noche del festival. Nunca me arriesgué a hacer contacto con un humano; de hecho, nunca tuve interés… y lo hice contigo. ¿No es esa la mayor demostración de amor que podría darte? — me respondió, apenas pudiendo hablar por la tristeza.

—¿¡ENTONCES POR QUÉ ME IGNORASTE LUEGO DE ESA NOCHE?! ¿Por qué te burlaste de mí en la iglesia cuando me viste tirada en el piso después de ver esa abominación de carne? Me sentí sola, me sentí abandonada, yo solo quería tu contención, pero no recibí nada ¡Solo rechazo! —le grité, frustrada y confundida.

—¡PORQUE ESTA ES MI PRIMERA VEZ! Morgana, yo nunca sentí amor antes. Por mis venas corre la sangre de un dragón, no la de un humano. Viví toda mi vida concentrada en la única cosa que realmente me importa: mi padre. Es algo que te conté la noche del festival, algo que pensé que tendrías presente, y sentí la confianza de poder tomarme un tiempo para disfrutar del anuncio de su vuelta. No te ayudé a levantarte en la capilla porque pensé que eras más fuerte. Pensé que ibas a entender, pensé que nos entendíamos, pero al parecer estaba equivocada… —me respondió, esta vez ofuscada, abrumada por sus propios sentimientos.

Al parecer, no tenía idea de qué podía hacer, y fue ahí cuando realmente dimensioné el peso de mis palabras. No esperaba verla así. Pensé que me odiaría, que me ignoraría.

Pero ahí estaba, rota, como si el tiempo la hubiera castigado igual que a mí. Me desmoroné. Todo este tiempo, en vez de centrarme en mi labor y disfrutar de su compañía, solo pude pensar en las palabras de la puta carmesí, que se repetían en mi cabeza afirmando que esto estaba destinado al fracaso.

Y esas palabras hicieron que malinterpretara cada encuentro después de su coronación y que, efectivamente, saboteara todo.

Pude haberla amado en su lenguaje, en el lenguaje en el que ella sabía amar: el de las acciones y la compañía. Pero insistí en que fuera en el mío. Entre lágrimas, me pidió que me fuera. Volví a mi cuarto, al final del mismo pasillo donde estaba el suyo, y sentí algo peor que la maldición de una morbosa diosa alienígena: el peso de mi conciencia.

Mi corazón empezó a pesar cientos de kilos más, y el sudor por las noches se puso frío. No podía dormir, pero tampoco podía levantarme de la cama. No pude comer, no pude estudiar.

Me sentí decepcionada de mí misma, de mi intelecto, que yo pensaba que era superior, pero que no me servía de nada ahora. Le escribí cartas, trágicas, en donde repetía mil y una veces lo mucho que sentía haberla lastimado, y todas me las devolvió arrugadas, con notas pidiéndome que, por favor, le diera espacio. Eso lo hizo aún más difícil.

Pasé horas llorando, temblando, dando vueltas por la academia, pero ella no salió de su habitación, o al menos yo no la volví a ver en los pasillos. Fui la primera para ella… y estaba mandando todo a la mierda.

Tenía miedo de que fuese demasiado tarde, pero ahora nuestro amor ya no importaba. Solo quería que tuvieses paz, la paz que tenías antes de mí y que yo te quité.

Ahora que he descubierto el amor, recordaba cómo, durante toda mi vida, adoré al mal. Este se infiltró en lo más profundo de mi corazón, impidiéndome disfrutar de lo hermoso que era amar y ser correspondido.

De todas formas, era lógico que sucediera así: había sentido tanto odio durante tantos años hacia cualquier forma de afecto que lo contrarrestara, que terminé corrompiendo mi propia naturaleza; la de amar, la de cuidar, la de acompañar, la de escuchar y la de actuar por otro. Ahora estaba aquí, arrodillada, pidiéndole al cielo que me concediera tu perdón.

Le rogaba a lo que había creado este tierno sentimiento en mí que el daño que causé no fuera irreparable. Le supliqué que pudiera seguir adelante en medio del tumulto y la devastación. Pedí perdón por tantos años de castigo a los enemigos de El Depravado, sin discriminación, sin pensar en las consecuencias que todo eso podría tener en mi alma.

Entonces, aunque aún sentía pena por todo lo que sucedió, trataba de llevar, como un tesoro, el consuelo de saber que me amabas, y que en tus entrañas existía algo de cariño para mí, aunque estuviera herido por las dagas que salieron de mi lengua.

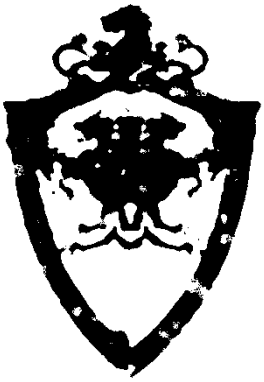
Faltaba una semana para la marcha, y con ella vendrá la incertidumbre y la distancia marcada por la batalla, la sangre, el dolor de ver a más de mis alumnos morir. Tendré que esperar para exhumar mi imprudencia, pero eso iba a hacer… hasta el final.

Te amo Samara, y la próxima vez que nos unamos, te voy a recibir con un amor incondicional. Voy a honrar tu nombre, esta es mi promesa para vos. Espero que algún día me puedas perdonar, mi gran amor ámbar. Por ahora, partiré a la batalla con la aflicción en el alma.

Perdón. Hice todo lo que pude para no lastimarte, y mis palabras ahora no pesan más que una pluma, pero voy a luchar por demostrar el valor de esto que brilla en mi corazón. Espero que aún puedas darme la oportunidad de amarte con gentileza y compasión.

No hay nada que extrañe más en este momento tan oscuro que el calor de tus brazos...

G.A.A.D



El gran conjuro

REVELACIONES DEL SEÑOR OSCURO

Una grieta de cientos de metros se abrió, en medio de los bosques encantados. Desde los confines del tártaro, se arrastró una horda de demonios reptilianos, con cascos forjados en acero quemado.

Gritaban y se empujaban entre ellos, apurados por entrar en frenesí. Babeaban, algunos se arañaban los brazos, arrancándose la piel, mientras otros golpeaban sus espadas contra sus negras armaduras y el suelo, gritando todo tipo de blasfemias. Eran la casta del dragón, que finalmente emergió de las entrañas del mundo para destruir a la humanidad.

Desde los bosques, un ejército de bestias, licántropos armados con hachas y mazos, aullando y rugiendo, acompañados por magos en túnicas negras, todos dirigidos por una bruja de fuego que también vociferaba odio y violencia, se levantó con rumbo al norte.

Caminaron durante tres días desde el sur, sin descansar. A la mitad del trayecto, cinco mil guerreros draconianos, cincuenta abominaciones y treinta magos se habían reunido alrededor de un volcán de cientos de metros de altura.

Esperaron por horas, hasta que, desde las enormes piedras, un caballero con una armadura oscura y un casco adornado con tres cuernos, bajó sin dificultad. Al llegar frente a la multitud, los observó a todos.

Era imponente, desprendía un aura de autoridad absoluta, y no dijo una sola palabra.

Se arrodillaron ante él, y el silencio fue total. Samara, la Hija del Dragón, corrió hacia los brazos del guerrero y lo abrazó con fuerza. Entre sollozos desconsolados, le confesó cuánto había anhelado conocerlo desde su nacimiento, pues él era no solo su progenitor, sino también el de todos los monstruos que habían emergido del fuego del infierno. Sin embargo, él, la empujó con desprecio, golpeando con fuerza su cara, arrojándola al suelo.

Lejos de sentirse avergonzada, la princesa se levantó y gritó:

—¡HIJOS DEL DRAGÓN! ¡HIJOS DE LOS DEMONIOS! ¡MAESTROS DE LA OSCURIDAD! Esta noche marchamos, guiados por la destrucción, hacia la victoria de la Nueva Orden de El Depravado sobre la Primera Or-

den de los cielos. No tengan miedo, puesto que hoy celebramos la decadencia y nos deleitamos con ella. ¡MARCHAD EN NOMBRE DE EL DEPRAVADO! ¡MARCHAD EN NOMBRE DE DOMINUS, EL PRIMER DRAGÓN!

Cuando terminó, luego del minuto final de silencio, uno de los últimos en las tierras oscuras, se escuchó un estruendo enorme y visceral, más poderoso que el de un trueno. Eran las voces de los miles de brutos exaltando a su líder, quienes gritaron barbaridades en el lenguaje primordial, excitados por la guerra.

Y continuaron su viaje hacia el norte, por semanas, arrasando con todos los pueblos en su camino. Muchos de los eruditos, en su mayoría Noctómanos, se establecieron en estos pueblos, robaron, saquearon, mataron a los líderes e impusieron su poder.

Todos los hombres y mujeres que practicaban la fe de la Primera Orden fueron decapitados, y a aquellos que negaban al arquitecto se les recompensó, dejándolos participar en orgías dirigidas por estudiantes de la Casa de la Sangre.

Los demás guerreros, draconianos y abominables, siguieron su peregrinaje, hasta llegar a los territorios sagrados.

Por años, la Primera Orden preparó a sus caballeros, pero nunca pensaron que la extensión de las tropas enemigas sería tan grande, ya que estaban confiados en el poder de su señor. Muchos ángeles y arcángeles bajaron del cielo, vestidos de oro, para apoyar a los servidores de Yaldabaoth, pero, aun así, mil templarios no iban a poder dar batalla.

La única esperanza era Kristian VIII, el general de las tropas aliadas. Lleno de virtud y bendito por la luz, quien salió junto a sus hombres a las afueras de la mezquita y los preparó para el último enfrentamiento:

—¡HIJOS DE DIOS! Esta noche peleamos por los vestigios de luz, por el amor y la lealtad. ¡Benditos sean los que traen la paz a este mundo hostil! ¡Que la tentación nunca corrompa el temple ni consuma nuestra humanidad! ¡Amén!

Y los mil hombres gritaron, sabiendo que iban a perder, pero llevando en alto la Primera Orden hasta el final. Las Fuerzas del Mal pararon a una milla de la base sacra y esperaron a la señal de ataque, que sería dada por Samara.

Y una mujer de cabellos blancos y ojos como el cielo subió las escaleras del templo y todos los vasallos del arquitecto quedaron tan estupefactos al ver a la legendaria Bruja de Invierno, que no pudieron hacer nada más que someterse. Morgana se acercó al papa, la posición más alta en la jerarquía de la iglesia, quien, vestido con

una túnica blanca, aterrado, rogó por su vida y se arrodilló ante ella pidiendo clemencia. Y ella le dijo:

—El dragón reencarnó y su voluntad es la de llegar a la punta del paraíso para tirarlo abajo y así poder construir una catedral negra como la muerte, así como lo había hecho en el sur de su tierra natal. No habrá piedad en su conquista, pues así está escrito. Ese es el mensaje que tiene para ustedes.

La mujer, con la agilidad de una sombra, agarró al anciano, lo tomó del cuello y con su varita negra lo cortó, dejando una estela negra con tonos púrpura en el aire al dibujar la muerte del pontífice. Su sangre se derramó por todo el mármol blanco de la iglesia y ella corrió hacia la salida.

Del charco se levantó Babalón, en su forma final y de su espalda centenas de tentáculos aparecieron. De estos salieron criaturas que parecían estar hechas de carne fresca, y mataron a todos los presentes. Los demás habitantes del templo, obispos y cardenales, escucharon esto y corrieron para socorrer al papa, solo para ser engullidos por los esbirros, quienes les abrieron los estómagos y devoraron sus vísceras.

Samara gritó y se libró una feroz batalla, en donde arcángeles, ángeles y hombres santos encontraron un mismo final. Primero, las abominaciones acabaron con los soldados menos preparados, hombres de pueblo esclavizados por la Primera Orden. Cercenaron sus brazos y los decapitaron.

Siguieron con los templarios más preparados a quienes, sin mucho esfuerzo, partieron a la mitad, dejando enormes charcos de gore. Del caos y el fuego surgió el templario virtuoso, con su espada de oro. Con ella enfrentó a los vástagos con astucia, quienes, uno por uno, fueron cayendo. Fueron cien los draconianos a los que ajustició, y la esperanza se hacía cada vez más fuerte, hasta que Samara se fijó en él, lo miró con desprecio y dio la alerta: El jefe de comarca entró en éxtasis, y corrió con una increíble velocidad, saltando sobre pilas de cadáveres.

Kristian no tuvo miedo, confió en su fe hacia El Arquitecto, y corrió hacia el frenético draconiano. Su espada se golpeó contra el Mgehye, pero este fue su primer error, ya que la destrucción, imbuida en la runa de la putrefacción, derritió el filo. En ese momento, Kristian vislumbró la realidad: él era solo un humano, un peón más de la Primera Orden que, aunque fuerte, no iba a poder dar batalla a un hijo del dragón. El templario intentó clavar lo que quedaba de su espada en el pecho del draconiano, pero este agarró su mano y la estiró, arrancándole el brazo. Luego metió sus garras en sus ojos y, de un tirón, le arrancó la cabeza y la columna.

Los pocos guerreros abatidos que estaban alrededor miraron esta escena con pavor y se rindieron.

El general los decapitó a todos y Samara sonrió, de oreja a oreja, para luego unirse al festín, comiendo los cadáveres y bañándose en su sangre, hasta atragantarse con sus órganos, mientras reía junto a su súbdito.

Luego de esto, los reptiles de fuego se descontrolaron. Eliminaron a hombres lobo y templarios por igual, los comieron, los violaron y luego se mataron entre ellos sin piedad, desconociéndose, poseídos por la ansiedad, y solo fueron detenidos por las órdenes de avanzar dictadas por Samara, como vocera del Caballero Oscuro. Los ángeles intentaron frenar a las hordas, pero fue en vano: muchos fueron destruidos por Saklas, Azazel y Leviatán, antes de llegar a la tierra. Saklas los magulló con sus puños de hierro, deformando sus perfectas caras y humillándolos.

Azazel usó su espada legendaria para borrarlos de la existencia, convirtiendo a todos los que eran cortados por esta en polvo. Los persiguió como un sabueso sigue a su presa, y estos corrieron despavoridos al ver a quien alguna vez fue su hermana, consumida por su deber con la oscuridad. Leviatán, en cambio, apareció desde las estrellas como una colosal serpiente.

Sus ojos se encendieron, quemando la mirada de los celestiales, quienes gritaron en pánico. Luego, de un solo bocado, engulló a cientos de servidores del Arquitecto. Los que llegaron a la tierra, o ya estaban preparados allí, murieron bajo el yugo del mismísimo Depravado.

Él tomó su espada y los desmembró, les cortó las alas y abrió paso para sus hijos. Cuando los arcángeles mayores intervinieron la encarnación del mal sacó un pesado libro, y exclamó un oscuro maleficio en una rota y desvirtuada versión del lenguaje primordial:

"EMLAGAKTH"

Tambores y voces guturales sonaron desde las profundidades del mundo. Eran los demonios, que cantaban y bailaban en nombre del señor oscuro. Ese canto hizo que la tierra se estremeciera y que los árboles temblaran.

Los demonios cantaron más y más profundo hasta que una monstruosa ilusión emergió desde la cabeza del Señor Oscuro: las fauces de un dragón con escamas negras y profundos ojos de color rojo, rugiendo, y de su boca salieron llamas oscuras como su misma piel, quemando kilómetros frente a él, incinerando a los guerreros alados.

Y las huestes pararon en las puertas del templo, se arrodillaron, y dejaron que el señor oscuro avanzara solo, bañado en el icor de sus enemigos, el cual dejó huellas carmesíes en las escaleras de este. Al entrar se encontró con su consorte, Babalón, quien le quitó el casco, aunque nadie pudo ver su rostro, y lo besó. Este, igual que como lo hizo con su hija, la empujó, pero ella siguió intentando, ya que la violencia aumentaba su libido. Terminaron copulando, en una violenta y morbosa escena, golpeándose entre ellos, ahorcándose y escupiéndose, mientras el caballero la penetraba y ella gritaba de placer.

Cuando terminaron el señor oscuro se acercó a un altar blanco y clavó su espadón en este, abriendo un portal que irradiaba magia desconocida, una que nadie había visto en ese plano. El súcubo empezó a reír y a gemir, y todos los esbirros que estaban afuera la acompañaron con profundas y descompuestas carcajadas.

De un momento a otro todos callaron y explosiones alumbraron el firmamento. Las estrellas titilaban en ritmos lentos, pero con mucha intensidad, y entre sus sombras se vio un castillo. Todas las criaturas presentes admiraron esta escena. El mal había triunfado en aquellas tierras y miles de años de desolación seguirían a esta victoria.

Y cuando el último empíreo volvió a las tierras oscuras los ejércitos pusieron en marcha la conquista. El sol no volvería a brillar; la esfera nocturna ahora devoraría el mundo de los mortales para dar comienzo a una era de adulterio. Enormes estructuras se levantaron en todos los rincones del mundo, y ocuparon las tierras y los mares, dando así fin a la gran conspiración y comienzo al Nuevo Orden Mundial.

El emperador del nuevo mundo recorrió sus nuevos dominios, montando una deformada bestia negra, y colocó sus manos en cada uno de los pilares que estaban en tierra. Estos se levantaron aún más, dejando ver que estas estructuras de acero eran parte del infierno, el cual emergió desde el inframundo.

Y todos los hombres y mujeres que habían sobrevivido a la devastación adoraron al Señor Oscuro, ofreciendo a sus niños como esclavos o estudiantes de las Fuerzas del Mal. Los eruditos construyeron máquinas que vomitaban fuego y sangre azul, usando la magia oscura, y estas, cuál dragones, se usaron para cruzar el mar y el cielo. Estas bestias de metal destruyeron los bosques y drenaron los océanos por años.

En estos terrenos infértiles los esclavos erigieron ciudades y castillos con enormes catedrales, para que la descendencia de El Depravado pueda habitarlas y reproducirse.

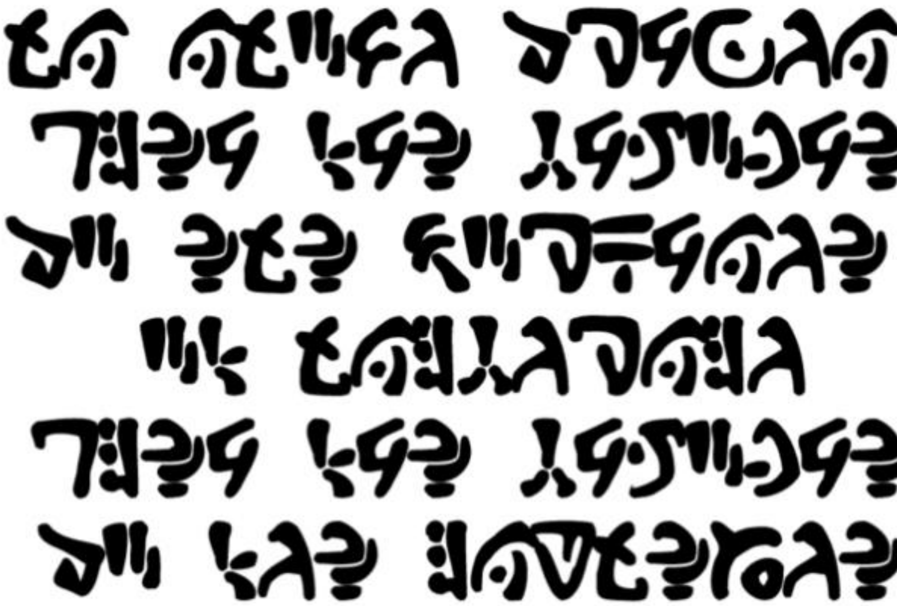
Morgana comunicó sus inquietantes sueños al Señor Oscuro, quien, sin vacilar, ordenó la preparación inmediata de sus legiones más letales. Desde los confines más remotos del vacío, la gran depresión se acercaba, aquella que había sumido las tierras lejanas en una densa niebla.

Los magos, nuevos amos de los pueblos subyugados, trajeron noticias aún más inquietantes. Había surgido una iglesia, una errante, que no veneraba a los dioses ni a los demonios conocidos, sino al horror más grande de todos, la Hija de la Calamidad. Sus fanáticos se ofrecían voluntariamente como recipientes, incubando en su carne los huevos de la criatura, gestando su abominable familia.

Estos eventos marcaron el preludio de una guerra eterna, un apocalipsis profetizado en los textos de la academia, el sueño de El Depravado, una carnicería sin fin.

Así, todas las flores de jazmín en las tierras oscuras se marchitaron, en su lugar, rosas de color negro florecieron, las cuales parecían estar hechas del mismo metal con el que se hicieron los monumentos que invadían.

La canción de Sophia había dejado de sonar, fragmentando los mundos ocultos. Y los tambores de los demonios retumbaron más fuertes, y resonaron a través de la gran masacre.



Yo sembré la discordia en los corazones de los Hijos del Sol cuando vieron su ocaso en el sur de las tierras oscuras.

Y en ellos nació la duda, y se casaron con la desesperación y de sus pechos tomaron.

Y en su incertidumbre construyeron mi máquina de guerra.

Luz y fuerza

Veinte años habían pasado desde la noche de la devastación. El mundo yacía atrapado en el sueño del Señor Oscuro, una visión nacida de la gran conspiración que durante tantos años se había gestado en aquellas tierras: una pesadilla de violencia interminable.

Casi toda la raza humana había sido exterminada, salvo por los magos, liderados por la Bruja de Invierno, la mano derecha de El Depravado, y los seguidores del abismo, quienes libraban constantes enfrentamientos contra la población que gobernaba en la capital del pecado.

Allí reinaban soldados dragontinos, de todas las formas y tamaños, cada una más amenazante que la anterior.

Estas dos facciones, la primera dirigida por el Cuerpo del Horror y la segunda bajo el mando de Samara, vivían en una guerra perpetua, tratándola como un deporte guiado por la locura y el sadismo.

Sin embargo, existía otra raza, una que había escapado de las garras de la oscuridad: los Hijos de la Luna.

Una noche lluviosa, la Lágrima Lunar, aquella que había recibido el mago empíreo en la noche de la crueldad, y luego había sido encontrada por los Ahnah Yogshugg, eclosionó como un huevo.

De ella emergió una pequeña criatura, aún más diminuta que los Hijos de la Luna.

Innana la recogió, la limpió con un trapo sucio y la abrazó con cariño, compartiéndole el calor de su corazón.

Hacía ya años que los Ahnah Yogshugg habitaban entre la chatarra de las enormes máquinas del Señor Oscuro, cuidando de la ternura sin comprender siquiera lo que era.

Por fortuna, y quizá debido a su naturaleza como pequeñas abominaciones, las Fuerzas del Mal no los percibían con su vigilante ojo carmesí, ni eran

escuchados por los draconianos que patrullaban la oscura ciudadela en busca de víctimas para torturar y saciar su sed de morbo.

El recién nacido durmió durante tres días, envuelto en una manta marrón. Tenía el tamaño de un gato adulto, su cuerpo estaba cubierto por pequeñas escamas blancas, casi translúcidas, tenía una larga cola y un pequeño cuerno en la frente.

Se parecía a un dragón, o una especie de estos seres ancestrales. Innana y su camada la cuidaron y excavaron hondo entre las piezas de acero, para estar en total seguridad.

A la tercera semana, sus grandes ojos se abrieron, emitiendo un poderoso resplandor iridiscente que iluminó toda la sala en donde estaba.

A esta criatura la llamaron ***"Mikael".***

Los Hijos de la Luna estaban fascinados, solo podían sentir alegría, así que cantaron y bailaron canciones inventadas y sonidos graciosos. Sintieron esperanza, como si la chispa primordial no se hubiese ido ya de las tierras oscuras en la noche detrás de la marcha de las serpientes de fuego.

Entre las risas de las abominaciones, el retoño brilló al ritmo de los latidos de su propio corazón y con una intensidad deslumbrante. Y de repente, desapareció.

Los Hijos de la Luna lo buscaron por todos lados, pero no lo encontraron, así que Innana tuvo que salir a la superficie a buscarlo. Con cuidado, caminó por ese amorfo conjunto de brutales edificios, hasta llegar a las capillas.

Ahí, Innana vió un orbe de luz arcoíris que volaba sobre las catedrales del dragón, en la punta de las torres más altas. Cuando se movió, un aroma a jazmín impregnó el aire, desatando la furia de las huestes del dragón. Era inaudito, ya que ellos vieron morir a esa flor. Se corrió el rumor hasta los altos mandos de la Nueva Orden de El Depravado.

Primero, la respuesta fue ambigua; si existía alguna amenaza, los arcontes ya habrían sido alertados, pero luego, el Señor Oscuro, que ya era paranoico desde su primera vida, ordenó a toda su flota una búsqueda exhaustiva, pero no hubo resultados, ya que el recién nacido era más veloz e inteligente que los vástagos del infierno.

Y aunque no habían encontrado nada, en el podrido corazón del Señor Oscuro, la semilla de la discordia germinó por segunda vez. Su ambición volvió a desbordarse y en su mente no existió nada más que la maldición impuesta por sus hermanos miles de años atrás.

Consumido por la obsesión, comenzó a buscar desesperadamente una manera de recuperar su forma primordial: aquella con alas colosales y una mandíbula poderosa.

Se encerró en la torre más alta de su enorme fortaleza, iniciando un doloroso proceso de metamorfosis, custodiado por su hija y por el general de la horda, el portador de Mgehye.

Morgana fue la única de la élite militar que percibió el aroma de la flor blanca esa noche, desde el balcón de su habitación. Sintió una inesperada nostalgia y recordó la noche con su primer amor. Cuando se acostó a dormir, soñó con dos estrellas danzando en medio de la vía láctea, lanzando destellos de luz entre ellas, explotando y reconstruyéndose.

En lugar de la angustia que solía consumirla en sus visiones nocturnas, esta vez sintió una fascinación distinta. No era la obsesión obscena que uno experimenta ante los dioses corruptos, sino una bocanada de aire puro.

Bajo aquel baile estelar la Bruja de Invierno vio a pequeños seres, semejantes a niños, bailando en círculos. Cantaban en una versión bastarda del lenguaje primordial, repitiendo lo que ella escuchó como:

"Bonito, brillante, hermoso."

Emociones inocentes, dulces, invadieron su mente y su corazón, imágenes de ella y su amada pasaron frente a sus ojos.

Se sintió abrumada y una lágrima rodó por su mejilla, transformándose en una enorme cascada de agua cristalina, la cual se transformó en un vasto océano.

Y entonces despertó. Suspiró y volvió a dormir, como si nada hubiera pasado, como si todo se hubiera desvanecido de su memoria en ese instante.

El orbe volvió a Innana, ella lo abrazó con mucha tristeza, porque sintió que está era una despedida y así fue: la criatura voló hacia tierras lejanas y desconocidas, dejando una estela a su paso, como una estrella fugaz.

Los pequeños Ahnah Yogshugg ahora cantaban todos los días, desde su madriguera de acero, y cada vez que lo hacian sus corazones se llenaban de fuerza.

La guerra siguió su curso, por cientos de años más, la sombra se hizo cada vez más grande, así como la maquinaria, que se hizo más brutal, compleja y hambrienta, y el mundo fue su festín.

Y desde el otro lado del moribundo océano se escuchó una canción…